
Jordi Latorre

Pablo, el apóstol de Jesucristo



documentos

Documentos de ACO núm. 21
Primera edición: 2009



Rivadeneyra, 6, 8a. planta 08002 Barcelona
Tel. 93 412 48 88 - Fax 93 318 81 87
c/e:aco@treballadors.org
<http://www.treballadors.org/aco>
Imprime: Multitext, S.L.



SUMARIO

Pablo, el apóstol de Jesucristo	5
Pablo en el cristianismo	6
Pablo, un judío de la diáspora	11
Retrato físico del apóstol	13
Pablo célibe	14
Pablo, trabajador artesano	15
Pablo, un apasionado	17
Pablo, inquisidor de los cristianos helenistas	18
Encuentro con Jesucristo, en el camino de Damasco	21
Pablo, misionero de la Iglesia naciente	25
Etapas de la acción evangelizadora de Pablo, según sus cartas	27
Estrategia evangelizadora de Pablo	30
Las comunidades paulinas	33
La mujer en las comunidades paulinas.....	36
Ricos y pobres en las comunidades paulinas.....	37
Esclavos y amos en las comunidades paulinas.....	38
La conclusión de estos tres casos.....	38
La pasión de Pablo	39
El trágico final de Pablo	41
Las cartas de Pablo	44
Pablo, teólogo de la primera hora	49
La espera activa y vigilante.....	49

La existencia cristiana bajo el signo de la cruz.....	51
La salvación que aporta Jesucristo.....	52
El evangelio de Pablo.....	53
La Historia de la Salvación.....	54
El conocimiento que Pablo tiene de Jesús.....	55
La muerte y resurrección de Cristo.....	56
Efectos de la muerte y resurrección de Cristo en nosotros.....	57
a) Reconciliación.....	57
b) Expiación.....	57
c) Redención.....	58
d) Justificación.....	58
Cristología.....	59
La persona humana según Pablo.....	60
La condición humana leída a la luz de Cristo.....	61
Exigencias morales de la vida cristiana.....	62
Pablo para nosotros	64
Pablo, apóstol de Jesucristo.....	64
Pablo, hombre de Iglesia.....	65
Pablo, hombre de su tiempo.....	65
Cinco convicciones personales.....	66
Bibliografía de consulta	67
Sobre Pablo, su vida y su obra:.....	67
Un clásico, sobre su teología:.....	67
Unas guías para acompañar la lectura de sus cartas:.....	68

PABLO, EL APÓSTOL DE JESUCRISTO

“Durante el siglo y medio que precedió a la destrucción del Segundo Templo, sabemos de diversos predicadores carismáticos que pasaron de las montañas de Galilea a Judea, entusiasmando a las masas judías y hablando elocuentemente de los valores morales como medio para captar la venida del Reino de Dios... y fueron crucificados por los romanos sin dejar ni rastro en la superficie de la historia... Pero Jesús de Nazaret fue el único que tuvo un Pablo” (Pinjás E. Lápidé).

Podemos decir que gracias a Pablo también nosotros somos cristianos, aunque no seamos de origen judío. Pablo fue capaz de dar un aire universalista al cristianismo, ayudando, aunque sin pretenderlo, a separarlo del judaísmo.

Con todo, Pablo es poco conocido entre nosotros: en misa se predica poco sobre él y sobre sus cartas, que suelen pasar desapercibidas. Es más, en general, sus expresiones no nos resultan fáciles de interpretar. Ya lo decía un cristiano de comienzos del siglo II: “Considerad que la paciencia de Dios es nuestra salvación, como nos escribió nuestro querido hermano Pablo con el saber que Dios le dio. En todas sus cartas habla de esto; es verdad que hay en ellas pasajes difíciles, que esos ignorantes e inestables tergiversan, como hacen con las demás Escrituras, para su propia ruina” (2Pe 3,15-16).

PABLO EN EL CRISTIANISMO

El carácter fuerte de Pablo, apasionado e impaciente, no le hacía proclive al compromiso ni al diálogo sereno; no admitía componendas ni se demoraba en matizaciones; capaz de amar hasta la ternura, podía herir con el sarcasmo; consciente de su debilidad, no duda, sin embargo, en ponerse por modelo (cf. 1Tes 2,6; 1Cor 4,16; 11,1; 2Cor 11,18-19; 12,1-6). Fue, eso, sí, un hombre de una sola causa: no fue un indiferente, ni una persona mesurada.

Una personalidad tan compleja le llevó, lógicamente, a numerosos conflictos personales; en su primera etapa, con Juan Marco (cf. Hch 12,24-13,5.13), con Bernabé (cf. Hch 15,36-41), con Pedro (cf. Gal 2,11-21), con quienes, a pesar del decisivo apoyo que le prestaron, no dudó en romper. Más tarde, cuando vivía ya para las comunidades que él mismo fundó, tampoco pudo evitar críticas, choques y hasta enfrentamientos con unos rivales que no nombra, pero que le acompañaron durante toda su vida apostólica (cf. Rom 3,8; 16,17). Especialmente con ellos no fue muy comprensivo (cf. 2Cor 11,13-15.26; Gal 1,9; 2,4; 5,12; Flp 3,2); por desgracia no estamos en condición de reconstruir sus intenciones ni sus posiciones. Es posible que, dentro de un pluralismo vivo y proselitista, y contando con el recelo que el evangelio de Pablo suscitaba en amplios sectores, sus antagonistas no fueran los mismos en cada comunidad,

aunque provinieran básicamente de los sectores más tradicionales del judeocristianismo.

El apóstol que en vida había sido contestado con violencia, fue rápidamente *canonizado*: sus cartas fueron coleccionadas tempranamente y difundidas, constituyendo el embrión del canon cristiano; su estilo y sus ideas produjeron una nueva literatura, probándose así la fertilidad de sus intuiciones frente a las nuevas necesidades comunitarias. Se fueron difuminando los rasgos del evangelizador polémico, se logró encuadrar en el seno mismo de la Iglesia posterior a quien había estado en sus márgenes. Se pudo así universalizar una obra y un pensamiento que había sido fruto de circunstancias. Del apóstol discutido se guardó un grato recuerdo y muy pronto surgió una versión más conciliadora en la obra de Lucas, el primer y más influyente biógrafo de Pablo en su libro de los Hechos de los Apóstoles.

El reconocimiento de Pablo y su completa aceptación por las comunidades cristianas fue un fenómeno gradual y logrado con cautelas, como atestigua el texto ya citado de 2Pe 3,14-16. La obra de Pablo y su manera de situarse frente a la *ley* y a la *fe* no fue la única que nos han dejado las comunidades primitivas (cf. Sant 2,21-24; Mt 5,18-19).

En el siglo II algunos escritos idealizan ya a Pablo, aunque subordinándolo a Pedro.

“Pongamos ante nuestros ojos a los santos apóstoles... Por la envidia y la rivalidad mostró Pablo el galardón de la paciencia. Por seis veces fue cargado de cadenas; fue desterrado; apedreado; hecho heraldo de Cristo en Oriente y Occidente, alcanzó la noble fama de su fe; y después de haber enseñado a todo el mundo la justicia y de haber llegado hasta el límite del Occidente y dado su testimonio ante los príncipes, salió así de este mundo y marchó al lugar santo, dejándonos el más alto dechado de paciencia [...] Tomad en vuestra mano la carta del bienaventurado Pablo apóstol. ¿Cómo os escribió en los comienzos del evangelio? A la verdad, divinamente inspirado, os escribió acerca de sí mismo, de Cefas y de Apolo, como quiera que ya entonces fomentárais las parcialidades. Mas aquella parcialidad fue menos culpable que la actual, pues al cabo os inclinabais a apóstoles atestiguados por Dios y a un hombre aprobado por éstos. Mas ahora considerad quiénes os han extraviado” (1Clem 5,3.5-7; 47,1-5).¹

1 Cf. RUIZ BUENO D. (ed.), *Padres apostólicos* (Madrid 1967) 182.221.

“Porque ni yo ni otro alguno semejante a mí puede competir con la sabiduría del bienaventurado y glorioso Pablo, quien, morando entre vosotros, a presencia de los hombres de entonces, enseñó, puntual y firmemente la palabra de la verdad; y ausente luego, os escribió cartas, con cuya lectura, si sabéis ahondar firmemente en ellas, podréis edificaros en orden a la fe que os ha sido dada [...] Os exhorto, pues, a todos a que obedezcáis a la palabra de justicia y ejecutéis toda paciencia, aquella, por cierto, que visteis con vuestros ojos, no sólo en los bienaventurados Ignacio, Zósimo y Rufo, sino también en otros de entre vosotros mismos, y hasta en el mismo Pablo y los demás apóstoles” (*PolFlp* 3,2; 91).²

En la misma época, los movimientos sectarios se dividen en torno a su persona; para unos, el judeocristianismo radical, es un apóstata;³ para otros, el gnosticismo militante, es el apóstol por antonomasia.⁴ Mientras el cristianismo popular vive de su recuerdo y lo magnifica como a héroe,⁵ amplios sectores de la Iglesia postapostólica parecen no conocerle ni citan sus obras (*Bern, Did, 2Clem; Papías, Hegesipo, Justino*), y quienes mencionan o utilizan sus cartas no son sensibles a su problemática central (*1Clem* 5,5-7; 47,1-4; *IgnEf* 5,2; 10,3; *IgnRom* 6,3; *IgnTral* 4,2; *PolFlp* 3,2; 9,1; 11,2-3).

Seguramente Pablo no se reconocería en ninguno de los retratos que de él se hicieron las generaciones inmediatamente posteriores. Fue Lucas, sin duda, quien creó la *imagen católica* de Pablo, concediendo a su obra más de la mitad de su segundo libro, los Hechos de los Apóstoles. El verdadero Pablo, el que conocían tanto sus discípulos como sus adversarios, ha sido sustituido por un Pablo tal como se lo imaginó una época posterior: gran taumaturgo (cf. Hch 13,8-11; 14,8-10; 14,19-20; 19,20; 28,3-6; 2Cor 12,1); extraordinario predicador (cf. Hch 13,16-41; 14,15-17; 17,22-31; 24,10-21; 1Cor 2,1-4; 2Cor 10,10); enviado de la comunidad (cf. Hch 14,4.14; cf. Gal 1,1; 2,7-8). La primitiva época cristiana ha sido descrita aquí por alguien que no ha sido testigo presencial de cuanto narra.

2 Cf. RUIZ BUENO D. (ed.), *Padres apostólicos* (Madrid 1967) 663.667-668.

3 “Rebelde ante la Ley” para los ebionitas (IRENEO, *Adversus Haereses* I 26,2), “hombre enemigo” para los judeocristianos (PG 1,1243).

4 Entre los textos de Nag Hammadi se encuentra una oración del apóstol Pablo (*NHC* I, A,1-B,11) y un Apocalipsis de Pablo, donde se le invita a unirse a los Doce (*NHC* V 19,15-17).

5 Cf. *Los Hechos de Pablo y Tecla*.

La estima por Pablo se universalizó conforme se fue perdiendo contacto con su verdadera personalidad histórica. El Pablo introducido en el canon del Nuevo Testamento era el resultado de la simbiosis del Pablo real, el apóstol de las naciones y predicador del evangelio, el gran escritor de las cartas mayores, con el Pablo añorado, el organizador de las comunidades y pastor preocupado por las iglesias, el Pablo de las cartas pastorales. Hubo, pues, un estrechamiento de miras, y una disolución del Pablo histórico en el Pablo universal.

La Iglesia del siglo III y IV estuvo más preocupada por su unidad y por la defensa de la fe y por la disciplina moral, que por las grandes cuestiones teológicas. La separación del judaísmo hacía poco actual el discurso sobre la validez de la Ley, de hecho, las homilías de Juan Crisóstomo (345-407) partiendo de su simpatía hacia el apóstol no logra sintonizar con la problemática paulina.

La teología posterior a san Agustín (354-430) descubrió verdaderamente a Pablo. Mientras el Oriente cristiano prefirió al Pablo de la correspondencia con Corinto, el Occidente privilegió al Pablo de la carta a los Romanos. Así, la auténtica reivindicación de Pablo la realizó en 1515 un monje agustino alemán, Martín Lutero (1483-1546), quien, al reflexionar sobre Rom 1,16-17, creyó renacer de nuevo, "como si me hubieran abierto las puertas del cielo de par en par" (WA IV 427). La reposición de Pablo y su problemática básica como criterio del evangelio de Cristo ha sido tan creativa como para dotar de vida a una nueva forma de ser cristiano: la Reforma. Con ello, la doctrina de Pablo pasó a primer plano de la reflexión y de la polémica en el seno del cristianismo.

Si en el siglo XIX y comienzos del XX se centró la exégesis paulina en la privatización del mensaje del apóstol y en el presente de la salvación, la segunda mitad del siglo XX se ha preocupado por situar a Pablo dentro del contexto religioso judío. Una de las características de la situación contemporánea de la investigación paulina es el interés de los pensadores judíos por la figura de Pablo. Mientras tratan de recuperar la figura del rabino Jesús como representante de una de las mejores tradiciones judías, tienden a resaltar la extrañeza de Pablo, quien, según ellos, sería el responsable de la ruptura de la Iglesia con el Judaísmo, siendo el verdadero funda-

dor del cristianismo occidental; judío helenista cultural y religiosamente, se apoyó en las esperanzas mesiánicas y especulaciones apocalípticas del mundo judío e identificó en Jesús muerto y resucitado el Mesías esperado y la realización del mundo por venir; su fe en la divinidad de Jesús es de origen pagano y su afirmación de la invalidez de la ley un trágico malentendido.

Modernamente se viene insistiendo en la influencia del primer rabinismo en Pablo: las antítesis carne/espíritu, Adán/Cristo, la dimensión histórico salvífica de la categoría básica del *ser-en-Cristo*, la esperanza del Mesías, la abrogación de la ley, la efusión del Espíritu, la entrada de los paganos en el pueblo de Dios. Pablo habría sido un fariseo que aceptó a Jesús como Mesías. El intento de situar de nuevo a Pablo dentro del judaísmo de su tiempo, y desde él comprenderlo, responde tanto a la necesidad de devolver al apóstol a su mundo originario, como a la tarea de liberarlo de la interpretación luterana demasiado reduccionista. El núcleo principal del pensamiento teológico de Pablo era la convicción de que el propósito divino abarcaba a gentiles lo mismo que a judíos, y no la cuestión de cómo un hombre pecador podría encontrar gracia en Dios.

El Pablo de la historia no es siempre identificable con el Pablo asimilado por la Iglesia ni con el Pablo reconstruido por la investigación. Los textos paulinos fueron siempre comprendidos de una forma diversa, según las épocas, pero nunca se acaban de comprender totalmente: su estudio prosigue.

PABLO, UN JUDÍO DE LA DIÁSPORA

Natural de la metrópolis de Tarso en la provincia romana de Cilicia, en la Turquía actual, Pablo era de cultura urbana. Desde este punto de vista, la diversidad respecto a Jesús de Nazaret y los primeros discípulos de éste, no podía ser mayor.

A comienzos de la era cristiana la ciudad de Tarso en Cilicia era un centro urbano de primera magnitud en el conjunto del imperio. Poblada con 300.000 habitantes, unida al Mediterráneo por las aguas del río Cadno, protegida y aislada a sus espaldas por la cadena del Tauro que la separaba de la Anatolia central. Su fama se debía a la célebre escuela estoica local. Jenofonte en la Anábasis, la denomina “ciudad grande y feliz” (I, 2, 23). Allí nacieron los filósofos Crisipo, Atenodoro y Néstor. Estrabón nos ha dejado un claro testimonio del gran amor a los estudios que reinaba allí: “Entre los habitantes de Tarso reina un celo grande por la filosofía y por todas las ramas de la formación universal, que supera tanto a Atenas como a Alejandría y a todas las demás ciudades, en donde hay escuelas y estudios de filosofía” (*Geographia* XIV,5,13). La ciudad tenía el estatuto de *civitas libera*. No lejos de Tarso se encuentra Soli, otra famosa ciudad estoica, patria de Arato. Pablo, en su discurso en el Areópago de Atenas cita unos versos del libro de los *Fenómenos* de Arato de Soli (Hch 17,28).

Si en las cartas aparece sólo el nombre de Pablo, el libro de los Hechos lo llama Saulo hasta 13, 9, llamándolo a continuación Pablo. Saulo es la forma helenizante del nombre hebreo de Saúl. No podemos pensar en un cambio de nombre. En realidad los judíos de la diáspora llevaban con frecuencia dos nombres, uno judío y otro griego; por ejemplo: Juan Marcos, Bernabé Justo, Flavio José...

Su familia era judía de pura sangre y de fiel observancia farisea (cf. 2Cor 11,22; Flp 3,5; Rom 11,1). Tiene conciencia lúcida de pertenecer, por nacimiento, al pueblo elegido por Dios para una historia de salvación en favor de toda la humanidad (cf. Rom 9,3-5); y se muestra orgulloso al evocar su pasado de estricta observancia de la Torah, la Ley de Israel (cf. Gal 1,13-14; Flp 3,5-6).

Los Hechos de los Apóstoles añaden que Jerusalén fue su patria de formación. En 22,3 se dice que fue discípulo del gran rabino Gamaliel el Viejo (cf. 5,34-39). De ello se podría concluir que la infancia la vivió en Tarso, pero su juventud la transcurrió en Jerusalén, a los pies del célebre maestro. Hch 23,16 menciona a un joven sobrino de Pablo, hijo de su hermana, que vivía en Jerusalén, ¿tenía más familiares en Jerusalén? Sin embargo la afirmación explícita de Pablo en Gal 1,22 de que el recién convertido era desconocido para las iglesias de Judea lleva a entrever la posibilidad que Pablo no sólo vivió en Tarso su infancia, sino también su juventud.

La lengua griega helenista que él maneja con desenvoltura y maestría, el uso privilegiado de la Biblia en su traducción griega (la llamada *Septuaginta* – LXX), su oposición al movimiento de Jesús dirigido contra los judíos helenistas convertidos al cristianismo, su inserción en el cristianismo de cuño judeohelenista de las ciudades de Damasco, Tarso y Antioquía de Siria... nos obligan a considerarlo íntimamente ligado con el judaísmo de la Diáspora.

Sabemos por los Hechos que era ciudadano romano de nacimiento (22,25-28); su padre o su abuelo habían entrado en posesión de la ciudadanía romana por razones que desconocemos.

RETRATO FÍSICO DEL APÓSTOL

La única descripción que poseemos proviene del apócrifo *Actas de Pablo y Tecla* (siglo II) que en el n.3 dice: “Era una persona de baja estatura, de cabeza calva, las piernas arqueadas, el cuerpo vigoroso, cejijunto, la nariz algo prominente, lleno de amabilidad; en efecto, a veces tenía el aspecto de un hombre y a veces de un ángel”. Así lo define la tradición popular cristiana de finales del siglo II.

Un segundo testimonio literario es el diálogo *Philopatris* del Pseudos Luciano, en donde un tal Triefón afirma: “Luego tropecé con el galileo, calvo de frente, de nariz pronunciada, que había penetrado por el aire hasta el tercer cielo y había aprendido allí cosas bellísimas; él nos renovó por medio del agua, después de arrancarnos de las regiones de la impiedad, nos puso en el espacio de las almas bienaventuradas” (n. 12). El detalle del rapto celestial (cf. 2Cor 12,2) ha sido un buen argumento para pensar en Pablo al leer esta descripción.

Es digno de mención el fresco del primer hueco del hipogeo de las catacumbas de Dino Compagni en Roma, en el que Pablo, pintado al lado de Cristo, aparece casi totalmente calvo y con barba lisa, larga y puntiaguda, parecido al de los retratos de los filósofos antiguos, con claro interés apologético.

En conclusión, la calvicie y la barba caracterizan el retrato del apóstol Pablo ya a finales del siglo IV.

PABLO CÉLIBE

Escribiendo a la comunidad de Corinto en la primera mitad de los años 50, Pablo exhorta a sus lectores a vivir célibes como él (1Cor 7,8) ¿Hay que concluir de aquí que había escogido el celibato? Tres suposiciones emergen de este dato:

- Podía haber estado casado, y estar viudo en ese momento.
- Podía haber dejado a su mujer bajo el cuidado de alguna comunidad, como algún otro apóstol (1Cor 9,5).
- O bien podía haber escogido desde el comienzo la vida célibe.

El mundo judío era favorable al matrimonio y contrario al celibato de por vida. Es famosa la frase rabínica, atribuida a R. Eliézer (90 dC.): “El que no se preocupa de tener hijos es como uno que derrama sangre” (Jeb. 63b). Por otro lado, los casos de celibato entre los rabinos, si bien raros, existieron. Ejemplo de ello es el R. Ben Azai (hacia el 100 dC.): “¿Qué otra cosa puedo hacer si mi alma está entusiasmada por la Torah? El mundo pueden continuarlo otros” (Jeb. 63b).

No podemos salir del terreno de las hipótesis. Lo único cierto es que Pablo, en el momento de escribir la primera carta a los Corintios vive sin esposa, de manera célibe.

PABLO, TRABAJADOR ARTESANO

La tradición hebrea valoraba positivamente el trabajo manual, no viendo en él nada humillante. No pocos rabinos ejercían trabajos manuales. Por el contrario, la sensibilidad grecorromana era totalmente opuesta: el ideal humanista consistía en dedicarse totalmente a la formación del espíritu, la *paideia* para los griegos y el *otium* para los romanos. Pero, de hecho, hubo algunos filósofos estoicos y cínicos que no desdeñaron los oficios manuales, de donde poder sacar para vivir, sin tener que recurrir al mecenazgo de los poderosos. Las doctrina judía exigía al padre enseñar un oficio al hijo: “El que no enseña a su hijo un trabajo, le enseña a ser ladrón” (*Tos. Qidd.* 1,11). El ideal era compaginar el estudio de la Torah con el aprendizaje de un oficio: “Todo estudio de la Torah que no vaya acompañado de una profesión acaba cesando y arrastrando al pecado” (*Abot* 2,2).

En Hch 18,3 se nos dice que Pablo entró como *skēnopoiós* en el taller de Aquila y Priscila. Este término propiamente significa “hacedor de tiendas”, pero en el griego *koiné* del siglo I significaba “trabajador del cuero”, en general.

Pablo en sus cartas, menciona su trabajo: 1Tes 2,9; 1Cor 4,12; 2Cor 11,27. Es un hecho, Pablo escogió combinar la acción misionera con el trabajo manual, para facilitar la aceptación del mensaje evangé-

lico, ofrecido gratuitamente y de forma desinteresada. A diferencia de otros predicadores, él no comercia con la palabra de Dios, ni se aprovecha de ella (2Cor 2,17). El ideal al que aspira Pablo es el de la *autarcheia*, como confiesa libremente a los Filipenses: “He aprendido a ser autosuficiente en toda circunstancia: sé vivir con estrechez y sé vivir con abundancia; ninguna situación tiene secretos para mí, ni estar harto ni pasar hambre, ni tener sobra ni pasar falta” (4,11b-12).

Pero ni siquiera se hizo esclavo de esta opción suya. Cuando las circunstancias excluían toda probabilidad de equívocos y de malentendidos, no rechazaba las ayudas económicas, necesarias para poder dedicarse exclusivamente a la evangelización: aceptó varias veces donativos de los Filipenses (cf. 4,14-16). De todas formas no quiso ser una carga a los destinatarios del mensaje durante la primera predicación y fundación de una comunidad (cf. 1Tes 2,9; 2Cor 11,7; 12,13).

PABLO, UN APASIONADO

Sobre la base de un físico de robustez excepcional que lo ayudaron a resistir el cansancio y las penalidades de los viajes de la época, los naufragios, las palizas y heridas que sufrió en su ministerio apostólico, se construye un carácter de fuerte personalidad, emotivo, apasionado e incluso violento. En las cartas encontramos expresiones que van de la más profunda ternura a las exclamaciones más indignadas e insultantes.

Entre estos dos extremos, el carácter de Pablo es vehemente e irónico. Se muestra orgulloso de su propia suficiencia. Ama la autosuficiencia del estoico, la libertad de lenguaje del cínico, cultiva las amistades, sabe callar, soporta y acepta con alegría, hace uso espontáneo de figuras poéticas y retóricas. Trabajador incansable es, al mismo tiempo, un profundo contemplativo que sabe sacar de la oración las fuerzas que le sostienen en las dificultades. Los momentos decisivos de su vida, en los que tiene que hacer opciones trascendentales, están precedidos de una experiencia profunda de encuentro con Cristo (cf. Hch 22,17-18; 16,9; 17,9; 27,23).

Es un introvertido (en sus cartas no se encuentran reflexiones interiores), hombre de ciudad, que cuando intenta presentar imágenes de la naturaleza lo hace de manera cerebral, invirtiendo los términos.

PABLO, INQUISIDOR DE LOS CRISTIANOS HELENISTAS

En los Hechos de los Apóstoles se habla del joven Pablo que participaba en la lapidación de Esteban. Pero nos es lícito preguntarnos acerca de la historicidad del hecho: proviene de una tradición local o es fruto de una esquematización literaria, semejante a otras de los Hechos, habida cuenta de la infancia y juventud que Pablo pasó en Tarso.

En la carta a los Gálatas afirma: “Perseguía sin medida a la Iglesia de Dios, intentando destruirla” (1,13). Pablo, puede ser catalogado entre los gloriosos combatientes por la pureza del monoteísmo y por la defensa de sus implicaciones éticas y rituales, en la línea de Moisés (cf. Ex 32,15-29), Pinjás (cf. Num 25,1-18), Elías (cf. 1Re 18), Matatías (cf. 1Mac 2,15-28). La mención, en Gálatas, de perseguir a la “Iglesia de Dios” no nos ofrece elementos ciertos para concretar el cuadro topográfico de su hostilidad a los cristianos.

Actualmente se considera la persecución mencionada en Hch 8,1 no como una persecución generalizada, sino como un ataque violento en el seno de los judíos helenistas contra los suyos convertidos a la secta de los *nazarenos*. De hecho los Siete que aparecen en Hch 6 son todos helenistas, y son ellos los que huyeron después de la muerte de Esteban mientras los Doce, judeocristianos, continuaron ejerciendo su actividad normal en Jerusalén.

En Jerusalén, por motivos lingüísticos e ideológicos surgieron pronto dos iglesias: la *judeocristiana*, que se consideraba una facción judía y continuaba participando del culto del Templo, y la *helenocristiana* más preocupada por la atracción de nuevos prosélitos, contraria al templo y quizás a la circuncisión. Es en las sinagogas helenistas de Judea y de Siria donde surge la polémica. Es en las comunidades de la provincia romana de Siria (Antioquia de Siria y Damasco) donde Pablo debía encontrarse plenamente involucrado en la violenta polémica.

Pablo persiguió a los helenocristianos de orientación liberal frente al Templo y las prescripciones rituales de la Torah. El relato de los Hechos de los Apóstoles tiende a subrayar el claro contraste entre lo que Pablo era y lo que pasó a ser después. El cargar las tintas sobre su pasado se convierte así en un recurso literario para dar relieve a la tesis de que Cristo hizo apóstol suyo precisamente al perseguidor más obstinado.

Para acentuar el dramatismo, el autor de los Hechos va acentuando a lo largo del relato el carácter devastador de la acción de Pablo: ver 8,3; 9,21; 22,5. La aprobación del linchamiento de Esteban en 8,1 se convierte en 26,10 en una participación activa. Resumen: “Yo perseguía a muerte ese nuevo camino” (22,4). El retrato del perseguidor llega a adquirir tintes diabólicos (cf. 26,11).

Indudablemente no nos encontramos ante una crónica de los acontecimientos sino ante un relato que, apoyándose sobre unos datos tradicionales, históricamente ciertos, expresa el estupor del cristianismo ante el cambio radical de Pablo.

Intentando reconstruir el itinerario de Pablo, podemos afirmar que Pablo persiguió al movimiento de Jesús en sus comienzos. Su conversión podemos fecharla hacia el año 35. La actividad polémica de Pablo, no podemos delimitarla a ciencia cierta, pero podemos situarla en los comienzos de la década de los 30; admitiendo el año 30 como la fecha más probable de la muerte de Jesús.

Pablo reconoce en Gal 2,1-11 que era desconocido en las iglesias de Judea anteriormente a su primera visita; por ello podemos situar geográficamente el ámbito de su actividad persecutoria en las

iglesias de la provincia romana de Siria, en los alrededores de Damasco.

La imagen del inquisidor despiadado que da caza a los nazarenos, los mete en la cárcel y los condena a muerte, forma, con toda probabilidad, parte de la "leyenda" del libro de los Hechos. En realidad los colores del cuadro aparecen mucho menos violentos. Tampoco podemos caer en el extremo opuesto de reducirlo todo a una pura polémica verbal. Pablo, sin duda, debió comprometerse en alguna acción punitiva. El reglamento interno de las sinagogas contemplaba medidas disciplinarias concretas contra los miembros culpables de desviacionismo doctrinal. Pablo hace recluir y azotar a los discípulos de Cristo (cf. Hch 22,5.19; 26,11). Se trataría, sin duda, de aquellas penas que él mismo sufriría, años más tarde, de manos de sus opositores, en su tarea misionera: "Los judíos me han azotado cinco veces, con los cuarenta golpes menos uno; tres veces he sido apaleado, una vez me han apedreado" (2Cor 11,24-25).

ENCUENTRO CON JESUCRISTO, EN EL CAMINO DE DAMASCO

documentos

No debemos dejarnos engañar por el famoso cuadro de Caravaggio, con su primer plano del jinete montado sobre el blanco caballo, en el momento de ser derribado por una deslumbrante luz celestial. El triple relato de la conversión de Pablo, presentada por el libro de los Hechos (capítulos 9, 22 y 26), es un típico relato de la vocación bíblica que se mueve en el plano de interpretación teológica de un hecho experiencial, expresado con un lenguaje fuertemente simbólico.

El autor de los Hechos ha utilizado una antigua tradición cristiana de la primera generación. A ella le debemos no sólo la indicación geográfica, sino también el nombre de quien acogió, bautizó e introdujo a Pablo en el seno de la comunidad cristiana de Damasco: Ananías. La primitiva tradición se centra en la experiencia del Resucitado y en el cambio radical de Pablo, expresado en términos de “curación” de la ceguera.

La verdadera intención del libro de los Hechos es presentar cómo con Pablo, el cristianismo, sale de manera plena y sistemática de los límites restringidos de Judea y emprende el camino del mundo pagano. Y todo a partir de la libre iniciativa del propio Cristo.

Los relatos de los capítulos 9, 22 y 26 de los Hechos de los Apóstoles narran una escena de teofanía, caracterizada, como todas las demás escenas de revelación de Dios en el Antiguo Testamento, por una *luz* y una *voz*, ambas procedentes del cielo. Estos elementos simbólicos forman parte del revestimiento literario, junto con la caída en tierra del protagonista, de un relato que pretende afirmar la irrupción de lo divino en la vida y en la historia de los hombres. Véase Éxodo 3 y Éxodo 19.

Entre los tres relatos hay coincidencia sustancial y variantes literarias. Por ejemplo, en el capítulo 9 los acompañantes de Pablo quedan asombrados y oyen la voz, pero sin ver la luz; en cambio en el capítulo 22 ven la luz pero no oyen la voz; mientras que en el capítulo 26 se dice que todos cayeron por tierra juntamente con Pablo. Lo esencial estriba en subrayar cómo ellos no participaron de la teofanía.

El capítulo 9 prosigue con un relato de curación. La literatura edificante de la época se complacía en destacar el carácter providencial e incluso milagroso de los acontecimientos más importantes. El capítulo 22 pone el acento en la misión universalista que el mismo Cristo confía al recién convertido. En el Templo, como Isaías en su vocación, recibe de Cristo el mandato evangelizador. El capítulo 26 insiste en la investidura divina del misionero de los gentiles. Con palabras tomadas de la vocación de Jeremías (1,5-7) y del Deuterocanónico (Is 42,7.16), Cristo lo envía a llevar la luz a los paganos.

Por una parte no podemos interpretar estos relatos como crónicas del acontecimiento; pero, por otra parte, tampoco podemos reducir el hecho a un simple proceso de autoconciencia. La pretensión del texto bíblico es la de presentar un hecho histórico, no buscado por Pablo, en el que a partir de una experiencia religiosa del resucitado, comparable a las de los Doce, Pablo queda derrumbado de sus convicciones anteriores. Estamos frente a una *lectura teológica de un cambio existencial del perseguidor, hecha con los ojos de la fe de la primitiva comunidad, a partir de la relectura del propio protagonista.*

En las cartas paulinas resulta inútil buscar determinaciones cronológicas o topográficas, o datos de carácter autobiográfico. Pablo no narra su conversión, sino que presenta directamente su propia interpretación del acontecimiento. El apóstol no muestra

ningún interés por su yo privado y, si habla de sí mismo, lo hace para justificar la misión pública que está ejerciendo en el seno del movimiento del Jesús. Además, su testimonio escrito es 20 años posterior a los hechos. Al evocar un pasado remoto es lógico que proyecte en él una conciencia que fue madurando en lo más vivo de su acción misionera a lo largo de esos 20 años, y que en aquel momento no tenía.

Escribiendo a los Corintios, Pablo no tiene ninguna dificultad en colocarse en el número de los testigos privilegiados de Cristo resucitado: 1Cor 15,8-10 y 9,1.

A los Gálatas les dice que se considera apóstol por encargo directo de Cristo (1,1); su evangelio tiene un origen inmediatamente divino porque se lo ha revelado el propio Señor: Gal 1,11-12.15-16. En este último fragmento, haciendo suyo el lenguaje apocalíptico (*apocalipsis* significa *revelación*), afirma que Dios lo ha aferrado en la hora decisiva de la historia humana que ha sonado en Cristo. Al llamarse “escogido desde el seno materno” usa términos de Jer 1,5 e Is 49,1, poniéndose en la línea del profeta y del “siervo de Dios”. Pablo no pretende confirmar la teología de la predestinación (“desde el seno”), sino señalar simplemente que Dios se le ha adelantado, la iniciativa ha partido de él.

A los Filipenses (Flp 3,4b-9) Pablo insiste en la conversión, el cambio radical de valores, que siguió a su experiencia personal de Cristo. Pablo se convirtió en otro, después del encuentro con el Resucitado; o mejor dicho, el mismo Cristo se le impuso como medida absoluta de los valores: “No es que ya haya conseguido el premio o que ya esté en la meta; sigo corriendo a ver si lo obtengo, pues el Mesías Jesús lo obtuvo para mí” (Flp 3,12).

De ahí se desprende:

- Pablo no describe nunca en qué consistió su encuentro con Cristo.
- La iniciativa proviene del Padre (Gal 1,15).
- Cristo *se hizo ver* a sí mismo por Pablo (1Cor 15,5-8).
- Cristo alcanzó a Pablo (Flp 3,12).

-
- Ello le supuso una transformación radical de mentalidad y de estilo de vida; pero en ningún momento se avergüenza de su pasado.
 - Su vocación conlleva su misión evangelizadora entre los paganos.

En conclusión, el acontecimiento de Damasco fue una experiencia real y única de Cristo resucitado, experiencia que le cambió radicalmente los valores religiosos y personales a Pablo, convirtiéndolo de acérrimo defensor de los valores más puros del fariseísmo de la época, en profundo enamorado de Cristo y valeroso misionero de su evangelio. El acontecimiento de Damasco no fue una experiencia privada, sino que tuvo una dimensión pública: Pablo se convirtió a Cristo, convirtiéndose al mismo tiempo a la misión cristiana en el mundo, se convirtió en "apóstol". Sus características: a) Experiencia inmediata del Resucitado expresada como: revelación, visión, alcance, luz, etc. b) Cambio radical de mentalidad y de valores. c) Toma de conciencia de sí como apóstol-enviado. d) Misión dirigida a los paganos. e) Pasa por la mediación eclesial (Ananías, bautismo, formación, reflexión, y contacto con la Iglesia de Jerusalén).

PABLO, MISIONERO DE LA IGLESIA NACIENTE

El libro de Hechos nos ofrece información sobre la actividad misionera de Pablo. Nos aporta datos concretos sobre la duración de algunas de sus misiones: un año en Antioquía (cf. 11,26); un año y seis meses en Corinto (cf. 18,11); dos años y tres meses en Éfeso (cf. 19,8.10), aunque la estancia completa duró tres años (cf. 20,31); tres meses en Grecia al final de su último viaje misionero (cf. 20,3). También nos da los nombres de sus estrechos colaboradores: Bernabé, Juan Marcos, Silas, Timoteo, Aquila y Priscila, Apolo, Crispo, Sóstenes, Sopatro, Aristarco, Segundo, Gayo, Tíquico y Trófimo. Y también las florecientes comunidades formadas por el apóstol: Filipos, Tesalónica, Corinto y Éfeso, mientras que fracasó en Atenas.

Se trata, en realidad, de datos que el autor de los Hechos obtuvo de las tradiciones locales y quizás de un diario de viaje de un testigo directo. Su carácter neutro de noticias sin ninguna funcionalidad en orden al objeto teológico del libro comprueba su credibilidad histórica.

Sin embargo, en algunos momentos se resiente la mano del escritor. En primer lugar, ordena el material según un esquema convencional de una serie de tres viajes (cc. 13-14; 15-18; 19). Pues bien, Pablo fue ciertamente un predicador itinerante, aunque no se puede de-

cir que pasase de ciudad en ciudad de una manera agalopada. La idea teológica de fondo del autor de los Hechos es la de presentar la *carrera* de la palabra de Dios en el mundo. En consecuencia, más que por viajes, la misión de Pablo está caracterizada por la permanencia en las ciudades que él elige como estaciones que hacen las veces de centro de operaciones misioneras y puntos de irradiación del evangelio en las regiones vecinas: Filipos, Tesalónica y, sobre todo, Corinto y Éfeso.

Un esquematismo todavía más evidente lo constituye la indicación de que Pablo dirigió el mensaje cristiano en primer lugar a los judíos, dirigiéndose a los paganos solamente después del rechazo de aquellos (cf. 13,46). Pero el testimonio de las cartas paulinas nos permite decir que él, desde el principio, comprendió su misión como evangelización del mundo pagano.

Por otra parte, parecen dignos de créditos los Hechos cuando señalan las sinagogas de la diáspora el lugar privilegiado escogido por Pablo para encontrarse con los paganos. Efectivamente, en las filas de los prosélitos del judaísmo es donde tuvo mayor número de seguidores y las adhesiones más sinceras.

Los discursos de los Hechos puestos en boca de Pablo (13,16-41; 17,22-31; 20,18-35) reflejan más bien las concepciones teológicas del autor del libro, mientras que los hechos milagrosos aplicados a Pablo (13,4-12, 14,8-10; 16,25-28; 20,7-12) tienen la finalidad de subrayar la presencia de Dios en la acción del apóstol.

El libro de los Hechos no conoce para nada a Tito, colaborador importante de Pablo. La evangelización de Galacia aparece tan sólo en un versículo como un hecho que se presupone (cf. 18,23; 16,6). Y sobre todo el libro no dice nada de la vida interna de las comunidades paulinas.

La verdad es que nos encontramos ante una obra teológica sobre la Iglesia naciente, concentrada en la figura apostólica de Pablo, más que ante una biografía paulina.

ÉTAPAS DE LA ACCIÓN EVANGELIZADORA DE PABLO, SEGÚN SUS CARTAS

1 Pablo se dirige primeramente a Arabia (probablemente a la región suroriental de Damasco) para volver luego a Damasco. Después de tres años hace una breve visita a Pedro en Jerusalén. Más tarde se dirige a Siria y Cilicia. Posteriormente, al cabo de 14 años de su visita a Jerusalén, fue como delegado al concilio de Jerusalén. La extensión de este primer período (unos 15-17 años) contrasta con la escasez de noticias sobre su actividad misionera. En realidad, podría decirse que los primeros pasos de Pablo como misionero fueron de escasa eficacia. La situación cambió cuando Bernabé lo introdujo en la comunidad de Antioquía, que lo elegiría como representante suyo y lo mandaría como colaborador del gran líder (cf. Hch 11,30; 15,1-2 y 13,1-3). Pero, en honor a la verdad, es preciso admitir que siguió estando en segundo plano, a la sombra de Bernabé, con el que realmente se muestran poco justos los Hechos cuando exaltan tanto a Pablo que lo consideran, de hecho, como jefe de la expedición misionera. Si es verdad que el discípulo superó al maestro, hemos de admitir que esto sucedió más tarde.

Probablemente en esta época hemos de incluir la evangelización de Galacia (Gal 2 permite fecharla antes del Concilio de Jerusalén). Pablo toma consigo a Silas-Silvano y se adentra en la península

de Anatolia (la Turquía interior actual). En Listras se les incorpora Timoteo.

Algunos autores colocan también aquí la primera evangelización europea, en contra de la cronología del libro de los Hechos. En las ciudades de Filipos, Tesalónica y Berea, surgen comunidades constituidas predominantemente por helenocristianos. Llega incluso a Atenas, pero sin conseguir resultados apreciables. Por fin en Corinto, capital de la provincia romana de Acaya, permanece 16 meses entre los años 49-51 ó 50-52.

2. Dos hechos cruciales marcarán, a partir de ahora, la misión de Pablo: el Concilio de Jerusalén y el enfrentamiento con Pedro en Antioquía. El mismo Pablo recuerda con tonos de dura polémica los términos del contraste en el centro de la conferencia de Jerusalén (cf. Gal 2,3-5). A diferencia del libro de los Hechos, Pablo recuerda cómo en Jerusalén obtuvo pleno reconocimiento de su carisma de misionero entre paganos. Finalmente llama la atención sobre el hecho de que no se le impuso ninguna cláusula restrictiva. El libro de los Hechos, en cambio, relaciona con esta conferencia la promulgación de un decreto impositivo de ciertas restricciones a la libertad de los convertidos al paganismo (cf. Hch 15,28-29). Pero probablemente el autor trasladó a este lugar una intervención posterior que quizás tuvo lugar tras el incidente de Antioquía, intentando regular la convivencia entre judeocristianos y helenocristianos en el interior de las comunidades.

El Concilio de Jerusalén no fue asumido por el grupo más conservador que se lanzará a una ofensiva contra las tesis defendidas por Pablo entre las comunidades de Galacia. Además, el Concilio no se había enfrentado con el problema de las condiciones necesarias para la convivencia entre judeocristianos y helenocristianos en el interior de las comunidades. Pablo no dudó en criticar con dureza a Pedro y a Bernabé cuando éstos, preocupados por la unidad de la Iglesia, consideraron como precio a pagar un compromiso de carácter pastoral con los judeocristianos (cf. Gal 2,11-14). La carta a los Gálatas no dice nada del resultado de aquel choque, por lo que se puede conjeturar que Pablo no acabó de resultar victorioso. Lo que parece claro es que a partir de este momento se separó definitivamente de Bernabé y se independizó de la Iglesia de Antioquía.

En adelante se sentirá un apóstol de Cristo que no tiene necesidad de dar cuentas a nadie de lo que hace (cf. 1Cor 4,4).

3 • Éfeso caracterizó la actividad de Pablo en los años 52-55. La metrópolis era famosa por el culto a Diana o Artemisa. Pablo predicó el evangelio en la sinagoga local y luego en la escuela de un tal Tirano (cf. Hch 19). Extendió, además, el radio de acción a la región de los alrededores: lo atestigua la primera carta a los Corintios donde se hace portador de los saludos de las Iglesias (en plural!) de Asia (1Cor 16,19). Durante esta estancia, hizo una rápida visita a Corinto, donde sólo consiguió agudizar los contrastes en vez de suavizarlos (cf. 2Cor 1,23-2,1). En Éfeso pasó también por momentos dramáticos, en los que su vida corrió momentos de peligro (cf. 2Cor 1,8-10). Pasó luego a Macedonia (cf. 2Cor 2,12-13) y Corinto, donde se detuvo tres meses (Hch 20,2-3). Aquí escribió la carta a los Romanos, síntesis de su pensamiento. Su proyecto era zarpar para Roma y de aquí a España, pero antes debía ir a Jerusalén a llevar la colecta que había recogido. No se trataba de una limosna, ni de una ayuda solidaria, sino de un signo tangible de comunión de sus comunidades de helenocristianos con la Iglesia judeocristiana de Jerusalén (cf. Rom 15,26; 2Cor 8-9).

ESTRATEGIA EVANGELIZADORA DE PABLO

Sobre la estrategia evangelizadora de Pablo, ante todo hay que destacar que se trató de una estrategia exclusivamente urbana. No podía ser de otro modo: sólo las ciudades eran alcanzables por las vías romanas terrestres y marítimas. Por otra parte, los misioneros podían hacerse comprender en el griego *koiné* sólo en los centros urbanos. Las ciudades servían, además, como centros de irradiación del mensaje cristiano en las comarcas de alrededor (cf. Col 1,7; 4,16). Su opción recaía en localidades donde no había llegado todavía el evangelio (cf. Rom 15,20; 2Cor 10,12-18).

El proyecto misionero de Pablo se fue precisando con el tiempo, conforme iba aumentando su experiencia. El éxito alcanzado en Anatolia y en Grecia le debió abrir metas cada vez más amplias. De todas formas, el hecho es que solamente en la carta a los Romanos se atribuye la tarea de heraldo ecuménico del evangelio.

Su misión no es la de convertir a cada uno de los individuos, sino la de constituir en los grandes núcleos de población comunidades cristianas como signos vivientes de la presencia de la nueva fe, que no conoce límites.

Pablo se siente comprometido a superar las profundas rupturas que entonces dividían a la humanidad, dividida en campos contra-

puestos de griegos y bárbaros, paganos y judíos. Se siente servidor de un Dios imparcial que no discrimina a nadie (cf. Rom 3,29). Con su colecta, intenta disipar todo malentendido en el centro mismo del judaísmo. Su plan misionero prevé la reconciliación de circuncisos e incircuncisos en una misma comunidad cristiana.

Las cartas paulinas y los Hechos no le dedican mucha atención a la estrategia misionera de Pablo; pero no faltan datos suficientes para poder trazar, a grandes líneas, un cuadro del aspecto organizativo de su misión.

Pablo recorrió miles de kilómetros por tierra y por mar para fundar comunidades desde las que irradiar el mensaje evangélico. El apóstol se encontró a menudo con familias que le dieron hospedaje. En Filipos la casa de Lidia (cf. Hch 16,14-15.40); en Tesalónica Jasón (cf. Hch 17,5-7); en Corinto la casa de Aquila y Ticio Justo (cf. Hch 18,2-3.7), finalmente la casa de Gayo (cf. Rom 16,23). No cabe duda de que normalmente recurrió a la hospitalidad de las personas con las que se encontró por primera vez o de amigos que ya conocía desde antiguo. Pero en caso de emergencia cabe pensar que usó también las posadas que existían al lado de las sinagogas judías.

Un lugar privilegiado para el anuncio del evangelio fueron las sinagogas, aunque también utilizó para ello las casas privadas de sus amigos, simpatizantes o neófitos. En su epistolario menciona otras casas privadas, además de las mencionadas antes, que daban albergue a las comunidades cristianas: Aquila y Priscila en Éfeso (cf. 1Cor 16,19), Filemón en Colosas (cf. Flm), Ninfa en Laodicea (cf. Col 4,15). En Éfeso pudo alquilar un salón que tomaba nombre de su propietario, un tal Tirano (cf. Hch 19,9). Pablo, además, debió trabajar también en la propaganda del tú a tú en sus viajes e incluso en las ciudades.

Entre las cartas y los Hechos se conocen los nombres de un centenar de personas que en diversos grados colaboraron con él. Algunos lo hicieron de manera esporádica, durante un cierto tiempo. Timoteo, por el contrario, permaneció siempre a su lado como ayudante de confianza. Timoteo aparece como co-firmante de la primera y segunda carta a los Tesalonicenses, la primera y segunda carta a los Corintios, la carta a los Filipenses y la carta a Filemón. En él

encontró Pablo, no sólo un precioso colaborador, sino también un compañero al que estuvo ligado con profundos sentimientos de afecto paternal (“mi hijo queridísimo” 1Cor 4,17). Tito también colaboró estrechamente con Pablo. La imagen que se desprende de la segunda carta a los Corintios es la de un hábil diplomático y negociador en los difíciles intentos de solucionar las graves discrepancias que habían surgido entre Pablo y la comunidad de Corinto (cf. 2Cor 2,13; 7,6-16; 8,6.16-24; 12,18).

Pablo fue un óptimo organizador y un sabio planificador, líder carismático de equipos misioneros, suficientemente elásticos, en donde se juntaban colaboradores estrechos y permanentes, ayudantes ocasionales, personalidades fuertes, compañeros de viajes, representantes de las comunidades... La conclusión más obvia, sin menguarle importancia al apóstol, es que hay que reconocer y valorar justamente la importante aportación que le dieron sus colaboradores, en su mayoría anónimos.

Como hemos visto, Pablo trabajaba para ganarse la vida y no ser una carga a las comunidades, sobre todo en los primeros momentos de la vida de éstas. Posiblemente sus colaboradores hicieran lo mismo. Pero aceptaba ayudas financieras de las comunidades ya establecidas (cf. 2Cor 11,8-9; Flp 4,15-16). Sobre todo pedía a las comunidades que prestasen todo lo necesario para el viaje: escolta, víveres, equipaje e indicaciones útiles (cf. Rom 15,24; 1Cor 16,6.11; 2Cor 2,16). Finalmente hay que tener en cuenta la generosa hospitalidad de quienes le brindaban su casa como domicilio, lugar de predicación y de reunión de los primeros núcleos comunitarios.

LAS COMUNIDADES PAULINAS

En el mundo grecorromano el asociacionismo no significaba un hecho excepcional. Los artesanos se reunían en cofradías de artes y de oficios bajo la protección de alguna divinidad. En los gimnasios, los jóvenes formaban sociedades deportivas. Eran también numerosas las congregaciones estrictamente religiosas, caracterizadas ordinariamente por su participación en un banquete común y llamadas por ello *eranoi*. Entre ellas destacaban las comunidades de adeptos a las religiones místicas (Dionisio, Eleusis Mitra). De todas formas en estas sociedades era restringido el número de los participantes: unas docenas, y todo lo más un centenar de personas.

Más estructuradas se presentaban las comunidades judías de Judea y de la diáspora, dirigidas por un consejo de ancianos que aplicaban un reglamento interno disciplinar. El factor primario de cohesión era la fe en el Dios del éxodo y la fidelidad a la Torah como norma suprema de vida. En Qumran se practicaba, además, la comunión de bienes y la existencia ordenada sobre el doble principio del *ora et labora*. Finalmente cabe mencionar las cofradías locales de fariseos (*haburot*), construidas bajo el signo de la fraternidad, expresada en comidas rituales comunes.

Las comunidades paulinas presentan ciertas analogías con los diversos modelos asociacionistas grecorromanos y judíos de la época, pero su tipología esencial las relaciona más con las iglesias de Judea y de Siria.

En primer lugar revelan un acentuado carácter compuesto y heterogéneo. Desde el punto de vista sociocultural su composición puede deducirse de algunas indicaciones dispersas del libro de los Hechos y del epistolario paulino. Ricos y pobres, esclavos y libres, personas con buena preparación cultural y personas incultas, pertenecientes a capas sociales privilegiadas y plebeyos, varones y mujeres, célibes y casados, coexistían unos al lado de los otros.

Los creyentes del grupo social medio y medio-alto serían una minoría, pero sería el grupo que arrastraba a los demás miembros de la comunidad; eran, además, los interlocutores privilegiados del apóstol en su correspondencia epistolar con la comunidad. Filemón en Colosas albergaba a la comunidad y la ayudaba generosamente; la comunidad de Filipos subvenciona algunos viajes de Pablo y de su equipo colaborador; Aquila y Priscila comerciaban con telas y pusieron su casa de Corinto y de Éfeso a disposición del apóstol; un tal Erasto de Corinto era el tesorero de la ciudad; Lidia en Filipos comerciaba con tejidos de púrpura. Por otra parte la presencia de esclavos está atestiguada por 1Cor 7. Por tanto no tiene nada de extraño que surgieran tensiones, divisiones y contraposiciones, y hasta rupturas.

La fe, el culto y la fraternidad caracterizaban la vida interna de las comunidades paulinas. La adhesión al mensaje cristiano se expresaba hacia afuera, en la profesión de un credo, especificado bien en sentido cristológico bien con una fórmula bipolar, teológica y cristológica: 1Cor 15,3-4; Rom 10,9; 1Cor 8,6.

El rito fundamental de agregación a la comunidad cristiana era el *bautismo*, presentado por Pablo como acontecimiento de participación solidaria en la muerte y en la resurrección de Jesús (cf. Rom 6,3-4).

La exigencia cultural de los neófitos proseguía en la celebración semanal de la *cena del Señor*, memoria viva de extrema fidelidad de Jesús a Dios y a los hombres. En concreto, el domingo, es decir, el primer día de la semana sabática (cf. Hch 20,7; 1Cor 16,2), la comu-

nidad se reunía al atardecer en la casa espaciosa de algún cristiano acomodado. El momento central de la celebración era el del rito de compartir el pan y el vino, símbolos de la persona misma de Jesús y de su amor oblativo.

Los cantos, las plegarias, los sermones y aclamaciones reavivaban las asambleas, caracterizadas por la amplia participación activa de los creyentes. En Corinto se había llegado incluso a tal explosión de intervenciones carismáticas extemporáneas que Pablo advierte de la necesidad de disciplinar las reuniones (1Cor 14; ver v. 26). Si Pablo se hallaba presente no dejaba de tomar la palabra (Hch 20,7); pero incluso desde lejos hacía sentir su voz por medio de las cartas, que estaban destinadas intencionalmente a ser leídas durante las reuniones (cf. 1Tes 5,27).

Entre los cantos litúrgicos usuales podemos enumerar los himnos cristológicos de Flp 2,6-11; Col 1,16-21. El epistolario paulino nos ofrece, además, algunas aclamaciones litúrgicas de entre las más usuales: *amén*, *Marana tha* (*Sí, Señor nuestro, ven*; cf. 1Cor 16,22), *abba* (*papá*; cf. Gal 4,6; Rom 8,15). De origen litúrgico son las fórmulas de bendición y saludo que Pablo incluye al comienzo y al final de sus escritos (cf. 1Cor 1,3; 2Cor 1,2; Rom 1,7; Flp 1,2; Flm 3; Gal 6,18; 2Cor 13,13).

La cena del Señor iba precedida por una comida común. Pablo reprocha con dureza a los corintios que los más acomodados comían por su cuenta las provisiones traídas de casa, mientras que otros no habían podido traer nada por haber estado trabajando todo el día (cf. 1Cor 11,17-34). Para Pablo, la comida en común, expresión de fraternidad, representa plásticamente la nueva agregación de personas distintas por cultura, por ingresos, por posición social, por sexo y tradición religiosa.

La organización de las comunidades paulinas no conocía la figura de un jefe o de un colegio de ancianos que presidieran por derecho a la comunidad. Se distinguen, pues, de las comunidades judías. En cada una de las comunidades paulinas valía el doble criterio de la corresponsabilidad de todos los miembros y del papel particular de aquellos creyentes que, por su capacidad y por su compromiso, obtenían un liderazgo de hecho.

De este modo dice que es una obligación de todos los creyentes, sin distinciones, en Tesalónica el reprender a los ociosos, estimular a los temerosos, ofrecer un apoyo a los débiles, ser pacientes con todos, vigilar para que nadie devuelva mal por mal (cf. 1Tes 5,14-15). Pero muy poco antes les había exhortado a estimar a los que se cansaban por la comunidad, ejercían en ella una función de presidencia y estaban encargados de la admonición fraterna (cf. 1Tes 5,12).

Más en general resultan significativas las listas de carismas que demuestran la articulación de las comunidades paulinas en servicios múltiples repartidos entre diversas personas: cf. 1Cor 12,28, Rom 12,6-8.

No podemos negar una tendencia en las comunidades paulinas hacia una progresiva institucionalización; ello se deduce del hecho que, al menos en las iglesias de Galacia, los catequistas empezaron a ser pagados (cf. Gal 6,6); sobre todo da fe de ello el desarrollo de las iglesias paulinas tras la muerte del apóstol, como aparece en las cartas a Timoteo y a Tito.

En cuanto a las relaciones entre las comunidades paulinas y el ambiente exterior, hay que señalar enseguida la falta de proporción entre la exigüidad numérica de los cristianos y la masa importante de la población ciudadana. Por ejemplo, los cristianos de Corinto, apenas llegarían a un centenar, mientras que la metrópoli superaba el medio millón de habitantes. En relación con la diáspora judía no faltaron las polémicas. El factor decisivo de la ruptura entre las sinagogas y las iglesias paulinas fue su crítica radical al valor de la Torah y de las tradiciones judías.

Respecto a las relaciones con las autoridades locales e imperiales, Pablo recomienda que se paguen los impuestos y se reconozca a las autoridades administrativas del imperio (cf. Rom 13,1-7), a la vez que invita a dirimir las cuestiones jurídicas de los miembros de la comunidad de manera familiar, sin necesidad de recurrir a los tribunales civiles (cf. 1Cor 6).

LA MUJER EN LAS COMUNIDADES PAULINAS

La presencia de mujeres en las comunidades paulinas y su importancia en la vida comunitaria, está atestiguada en la mayoría de sus

cartas (como ejemplo basta leer la lista de personajes femeninos que aparecen en Rom 16). A los lectores modernos llama la atención afirmaciones relativas al velo en la cabeza de las mujeres (cf. 1Cor 11,2-16), al silencio que deben observar las mujeres en las asambleas cristianas (cf. 1Cor 14,34-35), o a la sujeción de la mujer a su marido (cf. 1Cor 11,3; Ef 5,21-24). Frente a estos textos hay otros en los que el apóstol expresa la igualdad básica del varón y de la mujer ante Dios (cf. Gal 3,28; Ef 5,25-31). Pablo fue una persona de su época, y acepta, sin cuestionarlas, las costumbres sociales de su tiempo: así acepta la existencia de amos y de esclavos, como también las leyes patriarcales de la legislación hebrea o grecorromana. Sin embargo, él es consciente de la novedad que aporta Jesucristo, y la igualdad que introduce frente a Dios entre ricos y pobres, amos y esclavos, hombres y mujeres, judíos y no judíos. Las consecuencias sociales de todo ello se extraerán siglos más tarde; pero, de momento, Pablo ya ha indicado la raíz de un cambio social que conlleva la fe en Jesucristo.

RICOS Y POBRES EN LAS COMUNIDADES PAULINAS

Las comunidades paulinas estaban formadas por personas de diversa extracción social y económica. Aquila, Priscila, Lidia... eran ricos comerciantes convertidos al cristianismo que pusieron su infraestructura personal al servicio de las comunidades y del anuncio del evangelio. Cuando Pablo y su equipo eran expulsados de las sinagogas tuvieron que buscar un lugar donde reunir a los pocos o muchos cristianos convertidos del lugar. Además, la sinagoga había aportado una base logística de que, una vez expulsados de ella, carecían: hospedería, lugar de reunión y de enseñanza, lugar de culto. Esa base logística la aportaron los cristianos más acomodados de cada lugar: nacieron así las iglesias domésticas en las casas... de los ricos. Los pobres vivían hacinados en habitaciones de una o pocas piezas, donde era imposible reunir a un grupo consistente de personas.

En las cartas de Pablo no encontramos ninguna invectiva contra los ricos, al contrario de otros textos del Nuevo Testamento. Pablo no es un reformador social, pero sí que aplica un principio evangélico fundamental: la solidaridad con los necesitados. Así, cuando organiza la colecta a favor de la Iglesia de Jerusalén apela a la generosidad cordial de sus oyentes a fin de solidarizarse con las

necesidades de los cristianos de la Iglesia madre (cf. 2Cor 8–9). Y lo fundamenta teológicamente en el mismo Jesucristo “el cual, siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza” (2Cor 8,9).

Pablo, como ya hemos visto, tuvo a gala mantenerse de su propio trabajo, y exhorta a hacer lo mismo, hasta el punto de soltar la máxima: “Quien no trabaje, que no coma” (2Tes 3,10). Sin embargo, en momentos precisos agradeció la ayuda económica mandada por sus comunidades (cf. Flp 4,10.14). Pablo se mantuvo ante todo como una persona libre, aun frente a las propias necesidades materiales: ni despreció la abundancia, ni le dio miedo la pobreza (cf. Flp 4,12-13).

ESCLAVOS Y AMOS EN LAS COMUNIDADES PAULINAS

Al igual que frente a la riqueza, tampoco Pablo se pronunció en contra de la esclavitud. En las comunidades paulinas había también esclavos y gente de baja extracción social que, sin ser propiamente esclavos, vivían en condiciones casi serviles frente a los nobles y a los ricos. En el caso de Onésimo, un esclavo pagano del cristiano Filemón de la comunidad de Colosas, que se había escapado de su amo y se había refugiado junto a Pablo, éste lo devuelve, una vez bautizado, a su amo Filemón, pidiéndole que sea tratado como lo que es: como un hermano (ver la carta a Filemón). Pablo no cuestiona la esclavitud, es más, considera que Onésimo ha obrado mal escapándose de su amo; lo que propone, a la luz del Evangelio, es que las relaciones sociales, entre amos y esclavos, estén dominadas por la nueva fraternidad que inaugura Jesucristo.

LA CONCLUSIÓN DE ESTOS TRES CASOS

Hemos visto en estos tres casos de repercusión social –la relación entre mujeres y varones, entre ricos y pobres, entre esclavos y amos– que Pablo no se plantea una reforma social, ni pone en tela de juicio las estructuras de su época. Pablo fue una persona de su época. Pero el apóstol descubre en el Evangelio unos dinamismos que llevarán, más adelante, a plantear reformas estructurales en las sociedades humanas: la igualdad de todos ante Dios, la solidaridad frente a las situaciones ajenas, la fraternidad en el seno de las comunidades.



LA PASIÓN DE PABLO

Escribiendo a los Gálatas, Pablo afirma: “Yo llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús” (6,17). Esta expresión tan plástica sirve para indicar los sufrimientos de su existencia de apóstol, partícipe activo de la pasión de Cristo. Desde el comienzo de su actividad misionera fue objeto de la actividad persecutoria y del ostracismo de los judíos celosos; conoció varias veces las durezas de la cárcel; fue llevado ante los tribunales de varias ciudades.

Según el cuadro que se deduce de las cartas de Pablo, éste tuvo que sufrir también por causa de sus comunidades: incomprendiones, insinuaciones malévolas, abandonos, incluso abiertas rebeliones. Añádase la enfermedad que padeció en Galacia (cf. Gal 4,12-14; 2Cor 12,1-10) no muy bien precisada que lo exponía a la burla de los demás. Y ello sin hablar de los contratiempos padecidos en sus fatigosos y peligrosos viajes y el duro esfuerzo que requerían la propaganda misionera y la labor pastoral en las comunidades.

Frente a ello, Pablo se defendió siempre con puntillosa energía de las críticas, insinuaciones y desafíos. En la segunda carta a los Corintios su apología no ahorra sus tonos agrios (cf. 2Cor 1,18-19; 10,1-11; 11,7.10-11.19-21a; 12,12). De sus confesiones se deduce, además, que nunca le ha faltado el coraje; y sobre todo no se ha echado nunca para atrás; nada ni nadie logrará reducirle al silen-

cio y a la rendición (cf. 1 Tes 2,2; 4,8-9; 6,4-5.8). Los sinsabores de la cárcel nunca lo deprimieron (cf. Flp 4,12). Contrastan sus tribulaciones con las reiteradas invitaciones a la alegría: 2 Cor 6,10; 7,4. No pensemos en tendencias masoquistas; ni siquiera la esperanza de una comunión definitiva con Cristo más allá de la muerte le mueve a desear el martirio. A sus ojos vale más la perspectiva de la liberación de la cárcel y la posibilidad de servir de nuevo a los Filipenses: “Las dos cosas tiran de mí, deseo mirarme y estar con Cristo (y esto es con mucho lo mejor), sin embargo, quedarme en este mundo es más necesario para vosotros. Convencido de esto, siento que me quedaré y estaré a vuestro lado, para que avancéis alegres en la fe” (Flp 1,23-25).

Si Pablo arremete con constancia y energía contra todas las dificultades, no es tanto por robustez de espíritu, sino por la gracia de Dios (1 Cor 15,10). Por eso, y no a pesar de eso, se define como auténtico apóstol de Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Cor 12,10).

EL TRÁGICO FINAL DE PABLO

El testimonio directo de Pablo, fuente principal de la documentación, cesa con las noticias del capítulo 15 de la carta a los Romanos, probablemente último escrito auténtico del apóstol. Escribe desde Corinto; probablemente debieron llegarle noticias de alarma desde Jerusalén, ya que se encomienda a las oraciones de los creyentes de Roma (Rom 15,30-31). Por otra parte, el objetivo del viaje era demasiado importante para que pudiera eludirlo: entregar las ayudas recogidas en sus comunidades y obtener de este modo el reconocimiento de la Iglesia-madre.

A partir de ahora hemos de fiarnos exclusivamente del testimonio novelado del autor de los Hechos de los Apóstoles. En este escrito encontramos datos que se muestran históricamente fidedignos, como el encarcelamiento en Cesarea y en Roma, el linchamiento en Jerusalén, las indicaciones cronológicas, los nombres de los procuradores romanos Félix y Festo. Pero no nos engañemos, en su conjunto el relato de los Hechos obedece a intenciones edificantes, apologéticas y teológicas, más que históricas.

Al llegar a Jerusalén se encuentra con la Iglesia-madre reunida bajo la presidencia de Santiago y de los “ancianos”, que le sugieren un gesto que pueda demostrar su adhesión a la religión judía (Hch 21,15-27). La libertad desenvuelta con que el biógrafo cuenta

la trama aparece aquí con claridad. En primer lugar pone en labios de Pablo cinco discursos bien elaborados. Sus palabras son una articulada y repetida apología. Su declarada inocencia encuentra una confirmación en las declaraciones de Félix, Festo y Agripa.

Con intenciones edificantes, apologéticas y teológicas, Lucas nos ofrece un cuadro artificial del proceso del apóstol, calcado en más de un detalle en el de Cristo: acusaciones falsas, inocencia del acusado, hostilidad del Sanedrín, cesiones del gobernador romano por cálculos políticos, Agripa II como contrafigura de Antipas... todo ello narrado según los cánones del género literario llamado martirial. De hecho, solamente los datos de base merecen una credibilidad histórica justificada: el intento de linchamiento, la intervención providencial de la policía romana, la detención en Cesarea, la apelación al tribunal del emperador, la intervención de los procuradores romanos Félix y Festo en el año 55.

También el relato del viaje desde Cesarea hasta Roma (Hch 27,1-28,16), realizado con toda probabilidad en el invierno del 55/56, se muestra rico en datos topográficos. Pero el biógrafo se deleita sobre todo en la descripción de la tempestad y del naufragio (27,9-44), en un estilo que parece más bien convencional, y donde Pablo adquiere tonos de "jefe de expedición".

En Roma, más que como un acusado en espera de sentencia, se muestra como un activo misionero cristiano: Hch 28,23-28. El epílogo de los Hechos: "Vivió allí dos años enteros a su propia costa, recibiendo a todos los que acudían, predicándoles el Reino de Dios y enseñando todo lo que se refiere al Señor Jesucristo con toda libertad y sin estorbos" (Hch 28,30-31) se relaciona con el prólogo que recoge el mandato misionero de Cristo: "... Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría hasta los confines del mundo" (Hch 1,8). De este modo ha realizado su proyecto literario el autor de Hechos. Y Pablo es el paradigma de toda la iglesia misionera: "La vida para mí no cuenta, al lado de completar mi carrera y cumplir el encargo que me dio el Señor: ser testigo de la buena noticia, del favor de Dios. Y ahora mirad, yo sé que ninguno de vosotros, entre quienes he predicado el reino, volverá a verme" (Hch 20,24-25).

En el año 96 Clemente de Roma, en su carta a los Corintios, afirma que Pablo “llegó hasta los últimos confines de occidente” (1Clem 5,7), es decir, hasta España. Admitido esto, hay que concluir que quedó absuelto en el proceso romano y que sería entonces necesario asignar a su muerte violenta una fecha posterior (postura tradicional). Pero el testimonio de la carta de Clemente (recogido también por el *Canon de Muratori* en las líneas 38-39) resulta dudoso, ¿se remonta a una tradición o fuente particular o bien Clemente se inspiró únicamente en Rom 15,22-24.28? La segunda solución aparece como más probable. La prisión en Roma del apóstol, que duró un bienio según los Hechos, con probabilidad en 56-58 concluyó con la condenación a muerte bajo Nerón, pero no durante la famosa persecución del 64-67.

La muerte violenta de Pablo es atestiguada ya en la antigüedad cristiana. Al lado de Hch 20,24-25 hay que citar en primer lugar la primera carta de Clemente a los Corintios de finales del siglo I:

“Debido a los celos y a la discordia Pablo demostró cómo se consigue el premio de la constancia: siete veces en prisión, desterrado, lapidado, convertido en heraldo en Oriente y en Occidente, consiguió noble gloria por su fe; después de haber enseñado la justicia por todo el mundo, habiendo llegado hasta los últimos confines de Occidente y habiendo dado testimonio ante los gobernadores, se apartó del mundo y llegó al lugar santo, convirtiéndose en el modelo más grande de constancia” (5,5-7).

Hay que mencionar los apócrifos *Hechos de Pablo* (del siglo II) y los *Hechos de Pedro y de Pablo* (siglo IV). El primero describe de esta forma su martirio: “En pie vuelto a oriente, Pablo estuvo rezando un rato largo. Después de prolongar su oración entreteniéndose en hebreo con los Padres, extendió el cuello sin pronunciar palabra. Cuando el verdugo le golpeó la cabeza, sobre el traje del soldado salpicó leche”. Más detenida es la descripción del segundo: “Separaron a Pedro y a Pablo de la presencia de Nerón. Pablo fue conducido encadenado al lugar de la decapitación, a tres millas de la ciudad, bajo la escolta de tres soldados de noble linaje... Lo decapitaron junto a la hondonada de las Aguas Salvas, cerca del pino... El cuerpo del bienaventurado Pedro fue colocado, con gloria e himnos, en el cementerio Vaticano, lugar cerca de la naumacia. El del bienaventurado Pablo fue colocado en la vía Ostiense, en la segunda milla de la ciudad. El camino de los santos apóstoles y mártires de Cristo Pedro y Pablo tuvo fin el 29 de junio”.

LAS CARTAS DE PABLO

No sólo cuando predica, sino también cuando escribe Pablo sigue siendo el mensajero del evangelio y el maestro de la vida de los recién convertidos al cristianismo. Vemos en las cartas de Pablo la continuación de su actividad misionera.

Pablo no se ocupó de su posteridad, y no escribió para dejar memoria de sí mismo. Pero, con todo, en contra de toda esperanza por su parte, sus escritos alcanzaron una audiencia ilimitada en el tiempo y en el espacio.

La carta es un género esencialmente comunicativo. Es sustitutiva del diálogo oral. El término griego *epistolé* significó originalmente una comunicación oral transmitida por un mensajero. Pablo no fue el inventor de las cartas, las suyas están enmarcadas dentro de una amplia y variada tradición. Las cartas más antiguas que conservamos provienen de Egipto (2600 aC): baste citar las 350 cartas de Tell El-Amarna (Amenofis III 1413-1377 aC y Amenofis IV 1377-1358 aC), y las cartas arameas de Elefantina, colonia judía en la primera catarata del Nilo (actualmente Assuán) del siglo V aC. También conservamos numerosas tablillas cuneiformes con cartas políticas y comerciales de la región mesopotámica. Se han recogido también cartas atribuidas a grandes personajes del mundo griego: Isócrates, Platón, Demóstenes, Aristóteles, Epicuro... la literatura latina

nos presenta el epistolario de Cicerón (774 cartas de los años 68-43 aC), de Horacio (23 aC), Séneca (61-65 dC). Según un cálculo aproximado, la antigüedad grecorromana, incluidos los escritores cristianos, nos han dejado unas 14.000 cartas.

En el mundo judío encontramos las cartas reseñadas en el Antiguo Testamento: 2Sam 11,14-15; 1Re 21,8-10; 2Re 5,5-6; 10,1-6; Esd 4,11-16.17-22; 7,12-26; Jer 29; Bar 6; 1Mac 5,10-13; 8,23-32; 10,18-20.25-45; 2Mac 1,1-2.19. Y también, en el Nuevo Testamento, las cartas reseñadas en Hch 15,23-29; 23,26-30. Un poco más tardías son las cartas en arameo y hebreo de tiempos de la insurrección de Bar Koseba (130-135 dC) encontradas en *Wadi-Muraba'at*.

La carta grecorromana constaba normalmente las siguientes partes: 1) la *praescriptio* o título donde se señalaban los destinatarios y remitentes; 2) la *acción de gracias* en la que se expresa un sentimiento, generalmente religioso; 3) el cuerpo propiamente dicho de la carta; 4) el *saludo final* que equivalía a la firma moderna; en las cartas dictadas, iba normalmente a puño y letra del remitente; 5) la correspondencia oficial incluía la datación de la carta.

Pablo no contó con que sus cartas se conservaran largo tiempo, ya que son escritos ocasionales. Lo que sí esperó fue que sus comunidades permanecieran fieles hasta la manifestación final del Señor: ellas eran sus auténticas cartas de recomendación (cf. 2Cor 3,1-3) y su motivo de orgullo (cf. 1Tes 2,19-20; Flp 2,16; 2Cor 1,14). Pero el hecho es que han sido sus cartas las que han llegado a nosotros y no sus comunidades que, en cuanto tales, desaparecieron ya a mediados del siglo II. Son pues sus cartas las que nos transmiten la actividad misional paulina. Pero tampoco las cartas se nos conservan como Pablo las dictó o escribió.

Los testimonios sobre una colección de cartas paulinas se remontan ya a finales del siglo I: al final de este siglo y durante la primera mitad del siglo II tenemos testificada la existencia de una colección indeterminada de escritos paulinos. Alrededor del año 130, la llamada segunda carta de Pedro (2Pe 3,15-16) atestigua la divulgación de un número sin precisar de cartas paulinas, a las que atribuye un gran valor: fruto de la inspiración divina, lo mismo que el resto de la Escritura.

Las iglesias destinatarias conservaron celosamente las cartas del apóstol. Todavía alrededor del año 200 Tertuliano afirma que en las iglesias de Corinto, Filipos, Éfeso y Roma se veneraban las cartas originales de Pablo. Hacia mediados del siglo II podemos fijar una colección de 10 escritos (con exclusión de 1-2Tim, Tit y Heb); hacia el final de este siglo está testificada la ampliación de esta colección a 13 escritos. Por fin, se atribuyó también a Pablo la carta a los Hebreos, y se añadió a la colección primero en las iglesias de Oriente (siglo III) y después en las de Occidente (siglo IV), quizá para completar el número de 14 (7+7).

A partir del siglo XIX, el estudio crítico del epistolario paulino ha mostrado que el conjunto está formado por un núcleo de siete cartas, consideradas auténticas de Pablo (es decir dictadas directamente por él), y otras producidas posteriormente al apóstol por la propia escuela paulina. Así las cartas auténticas serían, por orden de composición: 1 Tesalonicenses (hacia el año 49 o 50), 1 y 2 Corintios (hacia el año 52-53), Gálatas (hacia el año 53-54), Filipenses y Filemón (hacia el año 54-55), y Romanos (hacia el año 55).

Aunque pertenecientes a la escuela paulina también 2 Tesalonicenses, Colosenses, Efesios, 1 y 2 Timoteo, y Tito se demuestran como escritos no auténticos de Pablo: son escritos *pseudoepigráficos*, es decir publicados por sus discípulos con el nombre del apóstol.

– La segunda carta a los Tesalonicenses, probablemente de comienzos del siglo II, es un escrito polémico contra un entusiasmo de tipo *adventista* dentro de las comunidades paulinas. El autor hace una imitación de la primera carta a los Tesalonicenses. Conoce la existencia de una colección de cartas paulinas (cf. 2,2 y 3,17).

– Colosenses y Efesios forman un conjunto particular. Colosenses probablemente es de finales del siglo I; constituye un escrito polémico contra un sincretismo dualista gnostizante. Su centro en la reflexión sobre la figura de Cristo en su dimensión cósmica. Efesios es algo posterior, posiblemente de comienzos del siglo II; depende literariamente de Colosenses y desarrolla la concepción teológica de ésta, centrándose en la eclesiología.

– Las dos cartas a Timoteo y la carta a Tito, las llamadas *cartas pastorales*, constituyen un grupo unitario como lo muestra su forma,

estilo, intención y contenido similar. La segunda carta a Timoteo nos ha llegado en forma de *testamento* y originalmente concluía el grupo. Su origen hay que fijarlo a finales del siglo I. Su centro de interés es la organización de las comunidades. Representan un estadio avanzado de institucionalización: tanto en las categorías teológicas de tradición (*depósito de la fe*), sucesión apostólica, ordenación por imposición de manos, fijación de oficios eclesiales.

Lo difícil es fijar los orígenes y la configuración de la *colección nuclear*. Es natural que las comunidades paulinas conservaran las cartas que Pablo les dirigió, dada el carácter de autoridad que tenían. Su lectura pública en las asambleas de oración y eucarísticas se fue repitiendo con alguna frecuencia. Tuvo que producirse muy pronto el intercambio de cartas entre comunidades, por la noticia que conservamos en Col 4,16: “y cuando hayáis leído vosotros esta carta, haced que se lea también en la iglesia de Laodicea y leed también vosotros las que se envió a Laodicea”. Las cartas perdieron así su carácter ocasional y fueron adquiriendo un carácter universal.

En el seno de las comunidades paulinas juega un papel importante la *escuela* que Pablo formó en torno a él en sus centros misionales más importantes, especialmente Corinto y Éfeso. Hch 19,9 da noticia de ello, al igual que muchos textos de las cartas, cuyo tono y configuración especiales los distancian del contexto inmediato y los remiten a una reflexión mucho más serena y detenida que la que posibilita el ritmo del dictado y de la escritura. Los escritos paulinos posteriores son testigos de la permanencia de esa escuela después de la muerte del *maestro* Pablo. Ella fue la que conservó y fue actualizando a las nuevas situaciones la tradición del maestro. Nos encontramos ante el fenómeno de la pseudoepigrafía, es decir, publicar un escrito bajo el nombre de un autor famoso del pasado.

Las siete cartas de Pablo son todo lo que nos ha llegado de él, pero no lo único que el apóstol escribió. En 1Cor 5,9 se refiere a una misiva anterior enviada a los corintios que se ha perdido. Lo mismo le sucedió a la “carta con lágrimas” que menciona 2Cor 2,4. La crítica literaria muestra que algunas de sus cartas hayan llegado a nosotros en colecciones de varios escritos, originalmente distintos.

Podemos, pues, suponer que, después de la muerte de Pablo, fueron surgiendo en algunas comunidades *pequeñas colecciones* de sus cartas. Por el sucesivo intercambio entre las comunidades, a finales del siglo I surgió una *colección ecuménica* para todas las comunidades paulinas. Más importante que la fijación concreta son las implicaciones de ese lento proceso: se produjo una transformación de los textos originales, e incluso la amplificación de ellos. Ese proceso es aún más profundo y agudo si se trata de una tradición viva dentro de una comunidad, como es el caso de las cartas de Pablo. El análisis literario ha fijado algunos límites dentro de la colección actual de escritos paulinos: separación entre cartas auténticas y escritos posteriores, composición de algunas cartas a base de varias cartas independientes, y glosas o añadiduras posteriores dentro de ellas.

PABLO, TEÓLOGO DE LA PRIMERA HORA

Pablo fue el primer teólogo cristiano y el creador de la teología cristiana. Después de él otros pensadores cristianos reflexionarán sobre el misterio de Cristo, enfocándolo desde otros ángulos, como fue el caso del autor anónimo de la carta a los Hebreos. Supo elaborar categorías de pensamiento de profunda penetración en la fe cristiana, como son “gracia”, “justicia”, “iglesia”, “fe”, “servicio”, “carisma”, “carne”, “cuerpo”, “espíritu”... Es un teólogo, pero no sistemático. Por otra parte tampoco nos encontramos frente a capítulos inconexos o ante ensayos teológicos; se mantiene fiel a unos cuantos puntos esenciales de referencia y de inspiración que confieren a sus cartas una unidad substancial de pensamiento.

Presentamos ahora la teología paulina siguiendo la línea cronológica de su pensamiento, que fue madurando al contacto con los problemas que se iban imponiendo a su atención.

LA ESPERA ACTIVA Y VIGILANTE

En Tesalónica se preguntan los cristianos sobre el destino de los miembros de la comunidad que habían muerto después de la marcha de Pablo. Al no estar vivos no tendrían posibilidad de partici-

par en la próxima venida gloriosa de Jesús, que habría de cerrar las puertas de la historia llevándose consigo a los creyentes.

La respuesta de Pablo se basa en la fe en Jesucristo muerto y resucitado que establece una sólida esperanza en el último destino de vida de los creyentes: lo mismo que el Padre resucitó a una vida nueva al crucificado, lo mismo hará con todos los que hayan estado unidos a su Hijo con la fe. Dios no puede desdecirse, fiel a la lógica de su acción creadora de vida donde reina la muerte.

La persuasión de un final próximo de la historia, común entonces a todo el cristianismo, imponía a los creyentes una espiritualidad de espera. Por eso la experiencia cristiana se resumía en la vigilancia: estar dispuestos y preparados para el encuentro decisivo con el Señor.

Gran parte de la cultura griega de cuño dualista y espiritualista no podía aceptar la perspectiva paulina de origen antropológico típicamente judío. Según el planteamiento de esta cultura dualista y espiritualista, nada realmente nuevo podía venir del futuro; la muerte no haría otra cosa que desligar el alma de su existencia terrena, abriéndole la entrada al mundo de los espíritus purísimos.

Pero Pablo no ignora que en la resurrección de Cristo está en juego una precisa concepción del hombre: como ser-en-el-mundo. La salvación no consiste en librarse de las ataduras del cuerpo, sino en la liberación del pecado y de la muerte de todo el hombre, incluso en su dimensión corpórea, así como en una redención del mundo de toda alienación. Cristo es el artífice de una nueva humanidad. Pero en el presente, el proceso liberador de Cristo está en sus comienzos; Cristo tiene que vencer todavía las fuerzas del mal que siguen actuando en la historia, condición necesaria para realizar el Reino del Padre.

Pablo vinculará en Rom 8,19-23 la redención final de la corporeidad humana a la emancipación del mundo creado.

Pablo, habiendo experimentado en Éfeso el peligro contra su vida, escribe a los corintios y usa un lenguaje inusitado, dice que está seguro de recibir una nueva existencia creada por Dios y caracterizada por una comunión total con Cristo (cf. 2Cor 5,1-10). Este texto es discutido, pues se presta a una interpretación dualista; pero, a

la luz de 2Cor 4,10-11, hay que interpretarlo en sentido unitario, como esperanza de una nueva manera de vida corporal más allá de la muerte. Esta nueva existencia será totalmente distinta a la actual y participará de la gloria de Cristo resucitado, como declara en Flp 3,20-21.

En esta época aparece constante en Pablo su esperanza en la vida nueva de los creyentes que transforma a todo el hombre, en la creación de una nueva humanidad y de un nuevo mundo habitado por los hijos de Dios.

El triunfo de la vida en la persona del Crucificado, triunfo realizado y creído, es una promesa de que el Dios que resucitó a Cristo llamará a una vida nueva a todos los que hayan sido solidarios con Jesús en la fe. Igualmente es el señorío del Resucitado el que lo lleva a esperar en un mundo en donde las fuerzas contrarias del mal y de la deshumanización serán definitivamente vencidas por completo.

La actitud del cristiano es la de la espera activa: “Todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día; no lo sois de la noche ni de las tinieblas. Así, pues, no durmamos como los demás, sino estemos vigilantes y despejados... Nosotros, que pertenecemos al día, estemos despejados y armados: la fe y el amor mutuo sean nuestra coraza, la esperanza de la salvación nuestro casco” (1Tes 5,5-6.8).

LA EXISTENCIA CRISTIANA BAJO EL SIGNO DE LA CRUZ

Fue en Corinto donde el cristianismo entró en diálogo con la cultura griega de la época. Los cristianos corintios veían en el anuncio del apóstol una nueva filosofía o cosmovisión, llamada por Pablo “sabiduría humana” (1Cor capítulos 1-4).

La experiencia cristiana se entendía como liberación de los andrajos de la materia y de las realidades terrenas, en el sentido de que para aquellos espíritus selectos el estar-en-el-mundo se había hecho totalmente indiferente e ininfluyente. De aquí al angelismo de cuantos se desentendían del vínculo matrimonial y renunciaban a toda relación sexual, pero también el liberalismo de los que para demostrar su libertad interior, trataban ostentadamente con

las prostitutas y participaban sin ningún escrúpulo en los ritos paganos de la ciudad.

La reacción de Pablo fue decidida. Lo considera una degeneración cristiana. Con energía contrapone el dato central de la fe: Jesús crucificado. Es evidente el carácter provocativo de la teología paulina de la cruz, si se piensa que en el mundo grecorromano la crucifixión era una pena infamante, reservada a los esclavos, a los rebeldes y a los peores criminales. El mensaje cristiano, centrado en el crucificado, contesta radicalmente los sueños de autosuficiencia de la filosofía griega. La fe no arranca al creyente de su condición histórica y mundana. El cristiano vive una existencia encarnada en este mundo y en sus instituciones.

En el trasfondo aparece una concepción concreta del hombre que Pablo define con la categoría de “cuerpo” (*soma*). Según Pablo, el hombre no tiene cuerpo, sino que es cuerpo. Con este término el apóstol no se refiere a la parte material del conglomerado humano, sino que designa la estructura esencial de la persona como relacionada con Dios, con los demás y con el mundo.

Por consiguiente la salvación cristiana no consiste en liberarse del cuerpo, de su ser-en-el-mundo, sino en liberar al cuerpo del dominio de la “carne” (*sarx*), de todos aquellos impulsos y actitudes que lo separan de Dios y de los hombres.

LA SALVACIÓN QUE APORTA JESUCRISTO

La teología paulina es cristocéntrica: El hombre sólo puede ser entendido desde el acontecimiento pascual de Cristo. Así la teología de Pablo es, sobre todo, una cristología, pero de carácter funcional: no habla de Cristo *in se* (“en sí mismo”), sino de Cristo *pro nobis* (“por nosotros”), en lo que repercute su muerte y resurrección en la humanidad: Cristo crucificado *por nuestra salvación*, es decir, una cristología soteriológica.

EL EVANGELIO DE PABLO

Pablo emplea el término “evangelio” con más frecuencia que cualquier otro autor neotestamentario: unas 60 veces. Con él designa su presentación personal del acontecimiento de Cristo. El evangelio de Pablo no fue proclamado en forma de relatos sobre lo que Jesús hizo o dijo (género literario *evangelio*), sino que, para él, el evangelio es Jesucristo mismo. A la manera de los antiguos profetas, se consideró predestinado por Dios para esta misión, desde el seno materno, y *se dedicó* al evangelio como a una valiosa posesión. Se hizo *servidor* del evangelio y experimentó una *gran necesidad* de proclamarlo. Consideró que la predicación del evangelio era un acto *cultural y sacerdotal* ofrecido a Dios. Jamás se avergonzó de él; antes bien, padecer encarcelamientos a causa de él, constituía para Pablo una *gracia*.

Evangelio designa el contenido de su mensaje, que es Jesucristo, el Señor de todos los hombres, que ha resucitado. Las formulaciones más completas de su evangelio son un eco del anuncio y de la predicación de la Iglesia primitiva. La *esencia* del evangelio reside en esto: en el acento que pone Pablo en los efectos salvíficos de la muerte y resurrección de Jesucristo, *según las Escrituras*.

He aquí las notas típicas del evangelio paulino: 1) Es una fuerza salvífica introducida por Dios en el universo del hombre. No proclama sólo el acontecimiento redentor de Cristo –su muerte y resurrección–, sino que es una fuerza que se comunica y propaga en los discípulos. El evangelio es el instrumento por el que el Padre se dirige a la humanidad, pidiéndole una respuesta de fe y amor. A causa del *poder de Dios*, el evangelio no se anuncia sin la asistencia del Espíritu. 2) Su destino y aplicación son universales. 3) La concepción de evangelio como *misterio* o *secreto*; porque en el evangelio se nos *revela* el plan salvífico de Dios, que se realiza en el Mesías Jesús. Los cristianos han recibido la revelación de este plan por medio de los apóstoles y santos profetas de la nueva realidad obrada por Dios. El misterio nos revela que toda la creación cobra sentido en Cristo y que él es la meta de todas las cosas, porque el Padre piensa poner todo lo creado bajo el dominio de Cristo. La salvación viene a los hombres por Cristo, por la incorporación de éstos a su cuerpo, que es la Iglesia, siendo Jesús su cabeza.

LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN

Pablo vio el evangelio solamente como una parte del maravilloso plan, concebido graciosamente por el Padre, para la salvación de los hombres, que se reveló y se hizo realidad en Cristo. Pero el autor del plan salvífico no es Cristo, sino Dios. Es el Padre quien llama a los hombres a la fe, a la salvación, a la gloria, e incluso al apostolado. Es una llamada inserta en un plan eterno. El plan salvífico fue ideado por el Dios-creador (Ef 3,9) incluso antes de la creación del mundo (Ef 1,14).

Dios es presentado por Pablo como el creador de todas las cosas (Ef 3,9), el que llama a la existencia todo cuanto existe (Rom 4,17), eterno poder y divinidad (Rom 1,20), verdad (Rom 1,25; 3,7), sabiduría y ciencia (Rom 11,33), cólera (Rom 1,18), justicia (Rom 3,5.25). La justicia de Dios, no es una justicia *vindicativa*, sino *salvífica*. Estas cualidades no pretenden expresar una idea de la constitución intrínseca de Dios, sino que son una indicación de las relaciones de Dios con el hombre (*visión "económica" de Dios*). Dios es "el Padre de nuestro Señor Jesucristo" (2Cor 1,13). Cristo es, pues, el único que revela a Dios ante los hombres: es la *imagen* de Dios (*eikon*, icono). Y es en Cristo donde el hombre realiza el encuentro con el amor supremo del Padre.

El misterio del Evangelio ha manifestado este plan salvífico por el que Dios reconcilia todas las cosas consigo mismo llevando a cabo la subordinación de todas las criaturas en Cristo. Esta visión cósmica de Cristo como cabeza del universo, que es creado por medio de él, conservado en él y que encuentra su coherencia y sentido en él, alcanza su más plena expresión en las cartas a los Colosenses y a los Efesios. En la carta a los Romanos Pablo contempla la creación física entera en espera de la plena realización de este plan salvífico (Rom 8,19-21).

En esta concepción del plan eterno todo viene del Padre y todo está destinado a él (1Cor 8,5). Ello le lleva a concebir una división tripartita de la historia: 1) Desde Adán hasta Moisés: época sin Ley, la humanidad pecaba pero no existía imputación de culpa alguna; 2) Desde Moisés hasta Cristo: época de la Ley, a la humanidad se le imputaba el pecado como transgresión de la Ley; 3) Desde Cristo:

época de la gracia, la humanidad es transformada desde dentro de manera que no necesita Ley alguna pues ya no existe el pecado.

En la historia de la salvación, Israel llegó a ser el instrumento elegido a través del cual la humanidad alcanzaría la salvación; pero Israel rechazó a Jesús como Mesías y, por tanto, se excluyó a sí mismo de la salvación manifestada en Jesús. La cristología paulina es, pues, histórica (comprende todas las etapas de la historia de la humanidad), cósmica (Cristo es cabeza y meta de todo el universo) y social (borra toda barrera de separación entre Israel y los gentiles).

En la historia juega un papel importante la teología del fin, la *escatología*. Aunque *la plenitud de los tiempos* ha sido ya inaugurada, el fin no ha llegado todavía. Cristo no reina aún como soberano absoluto del cosmos.

En Pablo encontramos elementos de *escatología futura*: la parusía (1Tes 4,15), la resurrección de los muertos (1Tes 4,16; 1Cor 15,13-33), el juicio (1Cor 5,10; Rom 4,10; Ef 6,8), la gloria de los justificados (Rom 8,18.21; 1Tes 2,12). Bultmann habla de *escatología realizada* en Pablo: los elementos *futuros* de su escatología no son nada más que un modo simbólico de expresar la autorealización de la persona en cuanto que por la fe se ve liberada de su propia condición de pecado y se autoafirma continuamente como individuo libre en sus decisiones ante Dios.

Para vencer la disyuntiva entre *escatología futura* y *escatología realizada* se propone una visión de *escatología inaugurada* que se va realizando progresivamente. En una etapa que ha iniciado un estado de unión con Dios, antes desconocido, y otro predestinado a una unión definitiva en la gloria. Esto constituye el fundamento de la esperanza y de la paciencia cristianas.

En Pablo encontramos influjos apocalípticos en 1Tes 4,16-17; 1Cor 15,51-54 y 2Tes 2,1-10.

EL CONOCIMIENTO QUE PABLO TIENE DE JESÚS

La imagen histórica que podemos reconstruir de Jesús a partir de la tradición evangélica está apenas presente en el evangelio paulino: a Pablo no le interesa la vida ni las enseñanzas de Jesús, sino su

muerte y resurrección. Pablo no se siente discípulo del rabino galileo Jesús de Nazaret, sino de Jesucristo muerto y resucitado. En sus cartas silencia su actuación taumatúrgica, sus parábolas, las controversias con sus antagonistas o la catequesis a sus discípulos, la crónica de su ministerio público, al igual que el relato de la pasión; lo que es notable dada la importancia que atribuye a la muerte de Jesucristo. Con todo, no hay que olvidar que las cartas de Pablo no son resúmenes de su predicación, aunque a veces quede aludida (cf. 1Tes 1,9-10; 1Cor 2,2), y, además, Pablo no es un narrador, sino un escritor polémico.

Es bien poco cuanto alude Pablo en sus cartas de la vida de Jesús: su ascendencia davídica (cf. Rom 1,3); su nacimiento e inserción en el mundo judío (cf. Gal 3,16; 4,4; Rom 9,5; 15,8); alguna alusión a su carácter (cf. 2Cor 10,1; cf. Mt 11,29); el hecho de que contara con discípulos (cf. 1Cor 15,5), conocidos algunos por su nombre (Pedro 1Cor 1,12; 3,22; 9,5; 15,5; Gal 1,18; 2,7-14; Juan Gal 2,9); la existencia de hermanos (cf. 1Cor 9,5), entre quienes destaca Santiago (cf. Gal 1,19; 2,9.12; cf. 1Cor 15,7); la cena celebrada la noche de su entrega (cf. 1Cor 11,23-25); la muerte en cruz (cf. 1Tes 2,15; Gal 3,1; 1Cor 2,2.8), su sepultura (cf. 1Cor 15,4) y las apariciones (cf. 1Cor 15,5-8). Escasas son también las palabras de Jesús que cita expresamente: los evangelistas deben vivir de su trabajo (cf. 1Cor 9,14; cf. Mt 10,10 y Lc 10,7); el matrimonio es indisoluble (cf. 1Cor 7,10-11; cf. Mt 5,27-28; 19,3-9 par.); la bendición sobre el pan y sobre el vino durante su última cena (cf. 1Cor 11,24-25; cf. Lc 22,19-20). A veces dice tener mandatos del Señor a favor de sus opiniones (cf. 1Cor 14,37; 1Tes 4,15); otras, alude a frases (cf. 1Tes 5,15 / Mt 5,38; Rom 16,19 / Mt 10,16) y posiciones de Jesús (cf. 1Tes 5,2 / Lc 6,28; Rom 12,17 / Lc 6,27; Rom 13,7 / Mc 12,17; Rom 13,9 / Mc 12,28-31; Rom 14,14 / Mc 7,15).

LA MUERTE Y RESURRECCIÓN DE CRISTO

La pasión, muerte y resurrección de Jesús constituye el momento decisivo del plan salvífico de Dios. La pasión y muerte son el prelude de la resurrección, donde se pone de manifiesto la obediencia de Jesús. El sufrimiento y la muerte de Cristo tienen un valor vicario en favor de la humanidad; constituyen el sacrificio que ofreció por la expiación del pecado de los hombres.

La resurrección tiene un poder soteriológico: Jesús no recibió el poder de su resurrección para él, sino para ejercerlo en favor de la humanidad. El poder de la resurrección emana del Padre. Pablo atribuye casi siempre la resurrección al Padre: él es quien resucita a Jesús y no es éste quien resucita por su propia fuerza. El Dios que resucita a Jesús de entre los muertos es un Dios de poder.

Resucitar a Jesús no es *devolverle* a su vida terrena; sino que el Padre ha otorgado a Jesús el *poder* de una nueva vida en la esfera divina. Resucitar a Jesús *de entre los muertos* le confiere una vitalidad nueva y absoluta que se difunde como una fuerza vitalizadora de *la nueva creación*.

Pablo cree que a partir de la resurrección, Jesús se convirtió en *el Señor* y en un *espíritu vivificante* (1Cor 15,45). En un único movimiento, la resurrección-ascensión de Jesús es una única exaltación que le convierte en el *Kyrios de la nueva creación*. El título de *Salvador* sólo lo emplea Pablo dos veces (Flp 3,20 y Ef 5,23) porque considera que la salvación es algo que Cristo tiene todavía que completar en la humanidad.

EFFECTOS DE LA MUERTE Y RESURRECCIÓN DE CRISTO EN NOSOTROS

A) RECONCILIACIÓN

El efecto principal de la pasión, muerte y resurrección de Cristo es la reconciliación del hombre con Dios y de los hombres entre sí. Es un retorno del hombre al favor y la intimidad con Dios después de un período de alejamiento y rebelión a causa del pecado y de las transgresiones. La reconciliación afecta también a las relaciones humanas. La división entre judíos y gentiles, ha quedado superada, pues Cristo *de los dos pueblos ha hecho uno solo* (Ef 2,14-18).

B) EXPIACIÓN

La expiación consiste en borrar toda la culpa ocasionada por el pecado-transgresión. En el templo de Jerusalén se hacía por medio de los diversos ritos y sacrificios de purificación, con el fin de

eliminar la profanación de un objeto, de una persona, o de todo el pueblo e, incluso, del mismo templo.

La humanidad ha pecado y ha perdido la gloria a la que estaba destinada; pero con el favor de Dios son *expiados* los pecados, porque el Padre, gratuitamente, juzgó conveniente exhibir a Cristo en la cruz como instrumento de propiciación de la humanidad entera.

La sangre de Cristo, derramada para expiar el pecado de la humanidad, fue un ofrecimiento voluntario de su vida (la sangre es la vida, en la mentalidad bíblica) para llevar a cabo la reconciliación del hombre con Dios y para proporcionarle una nueva forma de unión con Dios (Ef 2,13). Cristo borró nuestra deuda (Col 2,14).

C) REDENCIÓN

La redención era una acción jurídica que emancipaba al esclavo y lo convertía en persona libre. Pablo utiliza este lenguaje para referirlo a la acción salvífica de la resurrección en la humanidad.

En el Antiguo Testamento, Dios se presentaba como el *redentor* de Israel. El *redentor* era la figura jurídica del pariente que estaba obligado a casarse con la viuda sin hijos, a fin de proporcionarle una descendencia al hermano difunto y una familia a la viuda sola. Dios es el redentor del pueblo en el exilio.

La acción liberadora de Cristo nos ha reportado la gloriosa libertad de los hijos de Dios (Rom 8,21). Para que seamos libres nos liberó Cristo (Gal 5,1), comprados a buen precio (1 Cor 7,23).

En la teología paulina la redención supone una adquisición. Dios nos redime de la esclavitud del pecado, de la Ley y de la muerte, y nos adquiere para él, haciéndonos así libres. Ser *siervo* de Dios hace al hombre auténticamente libre (paradoja). La *redención de adquisición* (Ef 1,14) tiene una etapa histórica en la que poseemos como prenda el sello del Espíritu y una meta escatológica y definitiva.

D) JUSTIFICACIÓN

El verbo *justificar* aparece 15 veces en Romanos, 8 en Gálatas, y en 1Cor 4,4; 6,11. El sustantivo *justificación* en Rom 4,25 y 5,18. El término justificación, de procedencia judicial (declarar justa a una persona que se encuentra bajo sospecha), lo emplea Pablo en el

contexto de la controversia con los judaizantes. La utilización de este término confiere a la salvación una dimensión jurídica (veredicto de absolución).

La justificación es la manifestación de la justicia de Dios: porque Dios es justo nos justifica a través de Cristo, el único justo, como acto completamente gratuito. La persona accede a este estado de justicia ante Dios por su incorporación a Cristo y a su cuerpo, la Iglesia, mediante la fe y el bautismo.

Este efecto del acontecimiento salvífico no es en realidad tan importante en la teología de Pablo como se creyó posteriormente en las controversias de la Reforma luterana (siglo XVI).

CRISTOLOGÍA

Jesucristo es *Hijo de Dios*: este título en el Antiguo Testamento era un título de predilección y de adopción. Elección aplicada a los ángeles, al pueblo de Israel, a los reyes, y, por lo tanto, al mesías. En el Nuevo Testamento se refiere a ser revelador de Dios. Para Pablo expresa la misión encomendada a Cristo.

Señor (Kyrios) es por excelencia el título de Jesucristo en los escritos paulinos. Heredado por Pablo de la tradición litúrgica de las primitivas comunidades palestinas. Tiene resonancias con el *Marana tha* (= *Señor nuestro, ven*) de Ap 22,20, que era una invocación escatológica que imploraba al Señor resucitado que viniera en su parusía. En el arameo palestino del siglo I *mareh* se aplicaba a Dios (Señor) y *marí* (señor mío = monseñor) era usado como sinónimo de *rabí* (mi grandeza) y se refería a los maestros y predicadores de la Torah. En la versión griega de la biblia (los LXX), el término *Señor* traduce el tetragrama del nombre divino (YHWH). Los judíos helenistas denominaban así a Dios. Los cristianos lo adoptaron para referirse al Padre y, sobre todo, al Resucitado, equiparándolo así a Dios. Cuando Pablo llama *Señor* a Jesús está expresando el dominio divino actual de Jesús resucitado sobre la humanidad. Es un título de majestad concedido a Jesús por su condición regia de resucitado por el Padre. En esta línea, los cristianos son *siervos* de Cristo: ligados a Cristo, se liberan de sí mismos y permanecen libres (para los demás).

LA PERSONA HUMANA SEGÚN PABLO

Antes de la venida de Cristo, la humanidad estaba dominada por el pecado y, a pesar de sus esfuerzos por vivir justamente, nunca pudo alcanzar tal propósito, ni conseguir el destino glorioso que le estaba prometido. La persona se encuentra en una situación de hostilidad con Dios, al no dedicarse a su servicio con una actitud conveniente. Está bajo la esclavitud de Satán: situación de *muerte*.

Pablo alude con tales términos al pecado, que podríamos considerarlo como una *deuda* que ha de ser perdonada. El pecado es un influjo del mal en la vida de la persona. Esta situación, hereditaria, comenzó desde el origen de la humanidad, desde Adán.

La experiencia por la que la persona hace suyas las actitudes y los efectos del acontecimiento de Cristo, Pablo la denomina *fe*. En las cartas pastorales se denomina también *piEDAD*.

Esta experiencia tiene su origen en la escucha de la palabra de la predicación de los apóstoles, que nos transmiten el anuncio de Cristo. Tiene su finalidad en el compromiso de la entera persona con el Resucitado y su revelación.

El compromiso vivo de la fe debe influir de tal manera en la conducta consciente de la persona que la lleve a integrar dentro de sí la *mentalidad* con la *vida* (Rom 12,1-2). En esto consiste una vida cristiana integrada (Gal 2,20; 2Cor 10,5). La fe es un don de Dios, la persona debe acogerla y obedecer, es decir, integrar el don en su propia existencia.

La consecuencia de la fe no es sólo la apertura de la persona a Dios y al Espíritu en Cristo, sino también una actitud abierta y libre del cristiano hacia el prójimo.

En la teología paulina no se puede desligar el bautismo de la fe. *Bautismo* significa *baño*. Bañar, lavar, purificar, justificar, consagrar... son términos correlativos. Iba acompañado con la entrega de nuevas vestiduras. Por ello el apóstol habla de *revestirse de Cristo* (Rom 13,12.14; Gal 3,27; Col 3,9-13; Ef 4,24).

Mediante el bautismo el cristiano se identifica con la muerte, la sepultura y la resurrección de Cristo (Rom 6,4-5; 2Cor 5,14). Ya

Cristo había presentado su propia muerte bajo la figura de un bautismo (Mc 10,38; Lc 12,50). El cristiano, identificado con Cristo en su muerte, muere al pecado; identificado con Cristo en su resurrección participa ya de la nueva vida y de la vitalidad del Resucitado y de su Espíritu (1Cor 6,17; Col 2,12-13).

El bautismo, también, establece una vinculación especial entre todos los cristianos (1Cor 12,13): construye el cuerpo de Cristo, pueblo de Dios (1Cor 10,10; 12,13; Gal 6,16). Mediante la alegoría del cuerpo, Pablo quiere expresar la unión real y trascendente de todos los cristianos entre sí y con Cristo. En 1Cor 12,12-27 y Rom 12,4-5 significa una unión corporativo-moral; en 1Cor 6,15-16 significa una unión corporativo-ontológica; en 1Cor 10,16-17 expresa la unión que emana de la eucaristía.

LA CONDICIÓN HUMANA LEÍDA A LA LUZ DE CRISTO

A juicio de los contrincantes de Pablo en Galacia, para quedar justificados no bastaba la sola fe en Cristo, sino que predicaban la necesidad de la circuncisión y de la observancia judía. Pablo, con singular clarividencia, se da cuenta que lo que está en juego no es la observancia o no de la *Torah*, de la Ley, o la pervivencia de unas costumbres religiosas. Lo que está en juego es toda la concepción de la actitud del hombre hacia Dios.

El apóstol critica “las obras de la ley”, fórmula peyorativa que indica, no las observancias como tales, objetivamente consideradas, sino la mentalidad que entiende que el hombre puede bastarse a sí mismo para alcanzar la perfección o el nivel divino, lo que él denomina el propio “orgullo” religioso. La fe es todo lo contrario a las “obras de la ley”, puesto que significa la renuncia del hombre a toda pretensión de autosuficiencia religiosa y de acogida del don del Dios de Jesucristo. Así, debajo de la *ley* o de la *fe* Pablo descubre la existencia de dos actitudes existenciales distintas: el código de “lo debido” y el código de “lo gratuito”.

Pablo se revela profundamente pesimista en su concepción del hombre. La existencia humana está minada en su misma raíz por un dinamismo perverso: el egocentrismo autosuficiente, que lo impulsa a prescindir de Dios y de los demás. Es lo que él denomina

“pecado”: cf. Gal 5,16-18. El apóstol desconfía tanto del hombre griego que se fía de los recursos de su razón para llevar una vida digna, como del hombre judío que se esfuerza sinceramente por observar íntegramente los preceptos morales.

La postura de Pablo se entiende si se parte, como él hace, de la fe en Cristo muerto y resucitado, entendido como clave interpretativa absoluta de la realidad total de la persona, de la historia y del cosmos. Entonces se deduce que el hombre sólo puede encontrar su verdad en Cristo, solidarizándose realmente con él por la fe. Se trata del creyente que basa sus relaciones con Dios, reconociéndose dependiente de su iniciativa salvífica gratuita, con los demás, estableciendo relaciones de amor recíproco y con el mundo, viviendo en él como persona libre de todo tipo de esclavitud. Cf.. Gal 5,13-14; y Rom 13,8-10.

EXIGENCIAS MORALES DE LA VIDA CRISTIANA

En las cartas de Pablo hay secciones enteras dedicadas a la exhortación moral (cf. 1Tes 4-5; Gal 5,13-6,10; Rom 12,1-15,13). Además en la primera carta a los Corintios y en la carta a los Filipenses la exhortación doctrinal y la exhortación moral se alternan continuamente, en vez de estar en orden sucesivo.

El cristiano vive una vida con doble polaridad: es ya una criatura nueva (Gal 6,15) pero aún debe ser liberado del mal presente (Gal 1,4). La liberación cristiana es un proceso que nunca concluye en la existencia del creyente, mientras que la libertad responsable y operativa constituye su otra cara. En Gal 5,1 escribe Pablo: “Para que seamos libres nos liberó Cristo”; y en Rom 6,2.4 habla de la “muerte” al pecado del bautizado y de la posibilidad real de llevar una vida nueva.

El cristiano debe vivir según la libertad cristiana, que no es un libertinaje, sino una vida según la Ley de Cristo, que constituye el régimen del amor (1Cor 13; Gal 6; Rom 12,9-21; 14,1-15,13). La gracia, liberadora del egocentrismo, transforma al hombre y lo hace vivir según la nueva dinámica del amor (*agape*) solidario. Pero el amor, como dinamismo básico del actuar cristiano, debe ser concretado en opciones determinadas. Para los contenidos del amor

Pablo se atiene a la tradición judía y a la ética estoica griega. Entre los imperativos generales y las prescripciones particulares existe una estrecha relación, por lo que éstas hacen concretos a aquéllos: “El amor es paciente, es afable; el amor no tiene envidia, no se jacta ni se engríe, no es grosero ni busca lo suyo, no se exaspera ni lleva cuentas del mal, no simpatiza con la injusticia, simpatiza con la verdad. Disculpa siempre, se fía siempre, espera siempre, aguanta siempre” (1Cor 13,4-7).

El cristiano ya no puede vivir una vida limitada por horizontes puramente naturales y terrenos; sino que debe tener los ojos en el horizonte del Espíritu. El Espíritu es el principio dinámico de la existencia del cristiano, de donde brota el amor que debe interiorizar toda su conducta ética (Rom 8): “El fruto del Espíritu es el amor, la alegría, la paz, tolerancia, agrado, generosidad, lealtad, sencillez, dominio de sí” (Gal 5,22-23).

PABLO PARA NOSOTROS

El apóstol Pablo tiene algo que decirnos a nosotros en la actualidad. Su vida y su obra continúan iluminando e interpe-
lando la vivencia de la fe cristiana en nuestras comunidades y movimientos.

PABLO, APÓSTOL DE JESUCRISTO

Pablo se encontró con Cristo Resucitado cuando menos se lo esperaba. La experiencia –imposible de definir a partir de la narración del libro de los Hechos o de las referencias del propio apóstol en sus cartas– le dio un vuelco a su mentalidad y a su vida, y le proporcionó una nueva comprensión de las Escrituras y de la fe judía mantenida hasta entonces. Pablo salió transformado, y a partir de entonces dedicará su vida entera a anunciar *su evangelio*: el impacto del Resucitado en la vida de los creyentes, tanto de procedencia judía como de procedencia pagana. Es más, fue una experiencia tan íntima y globalizante, que no pudo contenerse sin anunciar y transmitir a otros lo que él había experimentado; de ahí su grito: “¡Ay de mí si no anuncio el evangelio!” (1Cor 9,16). Esa su experiencia del Resucitado nos mueve a preguntarnos cómo vivimos

nosotros la experiencia de Cristo en nuestra vida y qué hacemos por compartirla y comunicarla a los demás.

PABLO, HOMBRE DE IGLESIA

Pablo evangeliza donde otros no han evangelizado todavía, y aglutina nuevos creyentes en comunidades cristianas. Pablo es fundador de nuevas Iglesias en Galacia, en Asia, en Macedonia, en Acaya... Y a través de sus cartas se revela como educador de la fe y de la vida de sus comunidades. El anuncia su evangelio, pero lo hace siempre en comunión con el grupo de los Doce y de los dirigentes de la Iglesia madre de Jerusalén "para no evangelizar en vano" (Gal 2,2). A pesar de las desavenencias con Pedro, con Bernabé, con Juan Marcos, con Santiago el hermano del Señor, con los cristianos más judaizantes... él se siente miembro activo de la única Iglesia de Jesucristo y busca en todo momento la comunión. Por ello Pablo también nos enseña el camino de vivir intensamente nuestra pertenencia a la Iglesia sin renunciar a nuestra identidad carismática propia, con la que enriquecemos el conjunto de la comunidad de creyentes.

PABLO, HOMBRE DE SU TIEMPO

Pablo fue un hombre de cultura. Fue ciudadano romano, nacido en la ciudad universitaria de Tarso en Cilicia, y tuvo una intensa formación rabínica. Supo unir en sí mismo la cultura helenística, la romana y la judía, y todo ello puesto al servicio del Evangelio de Jesucristo. Supo acercar el núcleo de la fe en Jesucristo en categorías grecorromanas comprensibles a sus interlocutores. Supo mantener lo esencial del judaísmo y, en cambio, renunciar a sus elementos más caducos. El ejemplo de Pablo nos impulsa a actualizar la experiencia de Jesucristo y su mensaje en categorías comprensibles a los hombres y mujeres de nuestro tiempo y de nuestra cultura; nos impulsa a mantener lo esencial del Resucitado y de su Evangelio y a relativizar los elementos secundarios o puramente culturales de la fe cristiana tradicional.

CINCO CONVICCIONES PERSONALES

Concluimos con cinco citas extraídas de los escritos de Pablo, que expresan sus convicciones personales más íntimas, y que sostuvieron su vida y su acción:

1. *“Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mi”* (Gal 2,20).
2. *“Nada podrá separarnos del amor de Cristo”* (cf. Rom 8,35-39; Gal 2).
3. *“Vivo contento en medio de mis debilidades, de los insultos, de las privaciones, las persecuciones, y las dificultades sufridas por Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte”* (2Cor 12,10).
4. *“Seguid mi ejemplo como yo sigo el de Cristo”* (1Cor 11,1).
5. *“Me encuentro en este dilema: por un lado deseo partir para estar con Cristo, que es con mucho lo mejor; pero por otro quedarme en esta vida, veo que es más necesario para vosotros. Convencido de esto, siento que me quedaré y estaré a vuestro lado, para que avancéis alegres en la fe”* (Flp 1,23-25).

* * *

Hemos presentado a lo largo de estas páginas la vida y la obra de Pablo de Tarso, el apóstol de Jesucristo, que con su empeño misionero ayudó a construir las iglesias del siglo I y que marcó para siempre la comprensión del Evangelio de Jesucristo. La celebración del bimilenario de su nacimiento ha supuesto para muchas comunidades el redescubrimiento de su persona y de su teología. Que él continúe guiando también nuestro testimonio cristiano y nuestra tarea evangelizadora a lo largo de todo el siglo XXI.

BIBLIOGRAFÍA DE CONSULTA

SOBRE PABLO, SU VIDA Y SU OBRA:

- G. BARBAGLIO, *Pablo de Tarso y los orígenes cristianos*. Salamanca 1989.
- J. SÁNCHEZ BOSCH, *Nacido a tiempo. Una vida de Pablo, el apóstol*. Estella 1994.
- J. COMBLIN, *Pablo, Apóstol de Jesucristo*. Madrid 1996.
- J. J. BARTOLOMÉ, *Pablo de Tarso. Una introducción a la vida y a la obra de un apóstol de Cristo*. Madrid 1997.
- J. SÁNCHEZ BOSCH, *Escritos paulinos*. Introducción al Estudio de la Biblia 7. Estella 2002³.

UN CLÁSICO, SOBRE SU TEOLOGÍA:

- J. A. Fitzmyer, *Teología de san Pablo*. Madrid 1975.
- Una buena síntesis también en *Nuevo comentario bíblico San Jerónimo. Nuevo Testamento* citado a continuación.

UNAS GUÍAS PARA ACOMPAÑAR LA LECTURA DE SUS CARTAS:

- S. GUIJARRO OPORTO – M. Salvador GARCÍA (eds), *Comentario al Nuevo Testamento*. Madrid 1995.
- W. R. FARMER (dir), *Comentario Bíblico Internacional. Comentario católico y ecuménico para el siglo XXI*. Estella 1999.
- A. LEVORATTI – E. TÁMEZ – P. RICHARD, *Comentario bíblico latinoamericano. Nuevo Testamento*. Estella 2003.
- R. E. BROWN - J. A. FITZMYER - R. E. MURPHY (eds), *Nuevo comentario bíblico San Jerónimo. Nuevo Testamento*. Estella 2005.